

howard becker
outsiders

¿Qué pueden tener en común un asesinato y Mozart? En un caso se trata de un hecho condenable y en el otro del paradigma de la genialidad. En ambos, sin embargo, se juega el poder de las etiquetas para estigmatizar o asegurar prestigio a alguien considerado "fuera de lo normal". Señalar a una persona como genial no suele ser un problema, pero rotularla como delincuente implica convertirla en *outsider*, no importa en qué haya consistido su falta: exceso de alcohol, consumo de drogas o crimen.

Tradicionalmente los sociólogos buscaron explicar los motivos que inducían a una persona a desviarse de las reglas. Pero fue el trabajo pionero de Howard Becker, en los años sesenta, el que permitió desplazar el foco de atención hacia quienes hacen o proponen las normas, por considerar que es tan importante estudiar a quienes infringen la ley como a quienes definen qué es delito y qué no. Analizar la interacción entre unos y otros es el único modo de no caer en una visión moralista o apologética del fenómeno de la desviación: ¿cómo se ven entre sí los infractores de las normas y los encargados de defender su cumplimiento?, ¿quiénes establecen y promueven las leyes, y qué los impulsa a hacerlo? El autor indaga, entre otros, el caso de los consumidores de marihuana, revelando cómo se inician en esa práctica, cómo la posición que asumen ante los controles sociales les permite disfrutar de esa experiencia o alejarse de ella, cómo se vinculan con los valores convencionales y con los de su grupo de pertenencia.

Con la publicación de *Outsiders*, ya convertido en un clásico, Becker sentó las bases para un estudio complejo e integral del campo de la desviación. Con prosa clara y directa, ofrece además una aproximación atractiva para quienes deseen mirar de cerca el mundo de los supuestos *outsiders* y la dialéctica de sus vínculos con la gente "normal".

howard becker
outsiders



OUTSIDERS

hacia una sociología de la desviación

howard becker

 siglo veintiuno
editores

ISBN: 978-967-625-063-8



9 789876 290638

 siglo veintiuno
editores





siglo veintiuno editores s.a.
Guatemala 4824 (C1425AUP), Buenos Aires, Argentina

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
Cerro del agua 248, Delegación Coyoacán (04310), D.F., México

siglo veintiuno de españa editores, s.a.
c/Menéndez Pidal, 3 bis (28006) Madrid, España

A veces no estoy tan seguro de que alguien aquí tenga derecho a decir quién está loco y quién no. A veces pienso que ninguno de nosotros está ni del todo loco ni del todo sano hasta que la mayoría de nosotros le dice que lo está. Es como si no importara mucho lo que uno hace, sino el modo en que nos ven los demás cuando lo hacemos.

WILLIAM FAULKNER, *Mientras agonizo*

Becker, Howard S.
Outsiders. - 1a ed. - Buenos Aires : Siglo Veintiuno Editores, 2009. //
256 p. ; 21x14 cm. - (Sociología y política)

Traducido por: Jaime Arrambide // ISBN 978-987-629-083-8

I. Sociología. I. Jaime Arrambide, trad. II. Título

CDD 301

© 2009, Siglo Veintiuno Editores S. A.

Diseño de colección: tholón kunst

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

ISBN 978-987-629-083-8

Impreso en Artes Gráficas Delsur // Alte. Solier 2450, Avellaneda,
en el mes de julio de 2009

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Introducción a la presente edición

Outsiders no inventó el campo de lo que hoy llamamos "desviación". Otros académicos habían publicado anteriormente ideas similares (en especial Edwin Lemert [1951] y Frank Tannenbaum [1938], ambos mencionados en el libro). Pero *Outsiders* era diferente de esos abordajes en varios sentidos. Uno de ellos es que fue escrito de forma un poco más clara que los textos académicos habituales. No me arrego crédito por ello. Tuve buenos maestros, y mi mentor, Everett Hughes, quien supervisó mi disertación de doctorado y con quien trabajé en estrecha colaboración en posteriores proyectos de investigación, era un fanático de los textos claros. Él pensaba que era totalmente innecesario utilizar términos vacíos y abstractos cuando existían palabras simples para expresar lo mismo. Y me lo recordaba con frecuencia, así que mi reflejo fue siempre buscar la palabra más directa, la frase corta y el modo declarativo.

Además de ser más comprensible que gran parte de los textos sociológicos, la mitad de *Outsiders* está compuesta de informes detallados de estudios empíricos sobre temas que para la generación de estudiantes que entonces ingresaba a las universidades norteamericanas eran más "interesantes" que las teorizaciones abstractas. Escribí acerca de los músicos que trabajaban en bares y otros lugares modestos, tocando música que tenía una especie de aura romántica, y escribí sobre la marihuana que algunos de ellos fumaban, la misma marihuana con la que muchos estudiantes estaban experimentando y cuyos efectos estaban aprendiendo a disfrutar (tal como lo sugiere el análisis del libro). Esos temas que se cruzaban en mayor o menor medida con sus propias vidas hicieron que el libro fuese el elegido por los docentes, muchos

de los cuales compartían el interés de los estudiantes por la música y las drogas, para dárselos a leer a sus alumnos. Así que el libro se convirtió en una suerte de texto de clase estándar para los estudiantes más jóvenes.

En ese entonces estaba sucediendo algo más. La sociología estaba atravesando una de sus periódicas "revoluciones", durante la cual se criticaron y revaloraron los antiguos marcos teóricos. A principios de la década de 1960, era muy frecuente que los estudios sociológicos sobre el crimen y otras formas de mal comportamiento se preguntaran qué llevaba a la gente a actuar así, violando las normas comúnmente aceptadas y diferenciándose de las vidas "normales" que, según nos decían todas las teorías, la gente había aceptado como forma socialmente correcta de vivir. Las teorías de entonces variaban en su evaluación acerca de cuáles eran las principales causas de comportamientos antisociales como el exceso de alcohol, el crimen, el abuso sexual, el consumo de drogas, las conductas sexuales inapropiadas, y toda una larga lista de otras contravenciones.

Algunos culpaban a las psiquis de los desobedientes: tenían fallas de personalidad que los hacían actuar así (sin importar lo que fuera ese "así"). Otros, más sociológicos, culpaban a la situación en que se encontraban esas personas, situaciones que generaban disparidades entre lo que les habían enseñado a esforzarse para obtener y las posibilidades reales de alcanzar la recompensa buscada. Los jóvenes de clase trabajadora que habían aprendido a creer en el "sueño americano" de ascenso social ilimitado y que luego se veían impedidos de alcanzarlo por los obstáculos de las estructuras sociales (como la falta de acceso a la educación que permitía ese ascenso) podían entonces "volcarse" a métodos desviados de ascenso social, como el delito.

Pero esas teorías ya no interesaban a las nuevas generaciones de sociólogos, que eran menos conformistas y más críticas de las instituciones sociales de entonces, y que no estaban tan dispuestas a creer que el sistema de justicia penal nunca se equivocaba, que todos los delincuentes eran malas personas que habían cometido el hecho del que se las acusaba, y así sucesivamente. Esos jóvenes sociólogos buscaron el apoyo teórico de una gran variedad de fuen-

tes. Muchos encontraron explicaciones en abordajes marxistas del análisis de los efectos patológicos del capitalismo. Otros, entre ellos yo, encontramos una base firme en antiguas teorías sociológicas que por alguna razón habían sido relegadas cuando los investigadores comenzaron a abordar el tema del delito y de la por entonces llamada "desorganización social".

En pocas palabras, la investigación de esos ámbitos de la vida social había sido tomada por asalto por gente cuya profesión y trabajo diario era resolver "problemas sociales", actividades que preocupaban a alguien que estaba en posición de hacer algo al respecto. De esta forma, el delito muchas veces se convirtió en un problema por resolver. (No siempre, pues gran parte del delito era tolerado, como suele suceder, o porque era demasiado difícil de detener, o porque mucha gente se beneficiaba con él.) Ese "alguien" era usualmente una organización cuyos miembros se ocupaban tiempo completo de ese problema. Así, el llamado sistema de justicia penal —la policía, los tribunales, las prisiones— fue convencionalmente el encargado de deshacerse, o al menos de contener, el delito. Ellos constituyeron el aparato de contención y lucha contra el crimen.

Como todos los grupos profesionales, la gente en esas organizaciones de justicia penal tenía sus propios intereses y puntos de vista que defender. Daban por sentado que la responsabilidad del delito recaía sobre los delincuentes, y no tenían dudas de quiénes eran ellos: las personas que esas instituciones habían capturado y encarcelado. Y sabían que el problema importante de la investigación era: ¿por qué la gente que hemos identificado como delincuentes hace aquello que hemos definido como delitos? Ése fue el punto de vista que los guió, a ellos y a los muchos sociólogos que aceptaban esa pregunta, a confiar ciegamente en las estadísticas de esas mismas instituciones para comprender al delito: el índice de criminalidad era calculado sobre la base de los delitos reportados por la policía, y no necesariamente de manera precisa: muchas veces la gente no reportaba los crímenes y muchas veces también la policía "ajustaba" las cifras para mostrar a la opinión pública, a las compañías de seguros y a los políticos que estaban haciendo bien su trabajo.

En la tradición sociológica existía un enfoque alternativo, cuyas raíces se remontan a la famosa máxima de William I. Thomas: "Las situaciones que los hombres definen como reales tienen consecuencias reales" (Thomas y Thomas, 1928, p. 572). Vale decir, que la gente actúa sobre la base de la comprensión que tiene del mundo y de lo que hay en él. Plantear los problemas de la ciencia social desde esta perspectiva apunta al modo en que las cosas son formuladas como problemáticas, y conduce la investigación hacia las personas que definen cuáles son esas actividades y a la manera en que las definen. En este caso, ¿quién es el que determina qué tipos de comportamientos son delictivos y cuáles son sus consecuencias? Los investigadores que se inscribían en esta tradición se negaban a aceptar que todo aquello que la policía y los tribunales definían como un delito lo fuera "realmente". Pensaban, y sus investigaciones lo confirmaron, que ser llamado delincuente y ser tratado como tal no necesariamente está conectado con algo que la persona efectivamente haya hecho. Puede haber una conexión, pero no es automática ni está garantizada. Esto implicaba que las investigaciones que se servían de las estadísticas oficiales estaban llenas de errores, y que la corrección de esos errores podía conducir a conclusiones muy diferentes.

Otro aspecto de esta tradición afirmaba que todos los involucrados en una situación contribuían con lo que allí estaba sucediendo. La investigación sociológica debe tomar en cuenta las acciones de todos. Así, el comportamiento de las personas cuyo negocio era definir el crimen y lidiar con él era parte del "problema del delito" y el investigador no podía simplemente tomar por válido lo que decían, ni basar en eso sus trabajos. Es algo que iba contra el sentido común, pero que produjo interesantes y novedosos resultados.

Outsiders siguió ese camino. Nunca lo consideré como un abordaje novedoso, sino más bien lo que todo buen sociólogo haría si se guiara por las tradiciones de su oficio. Hoy en día, es muy común escuchar que todo abordaje nuevo ha producido lo que el historiador de la ciencia Thomas Khun llamó una "revolución científica" (Kuhn, 1970). Pero debo decir que este abordaje de la desviación no era en absoluto revolucionario. Más bien podría de-

cirse que era una contrarrevolución, que devolvió a la investigación sociológica a los carriles correctos. (Véase sobre este punto el interesante análisis de Cole, 1975.)

Comencé hablando del delito. Pero ahora, en el último párrafo, me he referido a ese campo de trabajo como "desviación". El cambio es significativo. Redirige la atención a un problema más general que la pregunta de quién cometió un delito. Nos lleva a considerar toda clase de actividades. Advertimos que en todas partes la gente que se involucra en una acción colectiva define aquello que es "malo" y que no debe hacerse, y en general da los pasos necesarios para evitar que se realice ese tipo de acciones.

Ahora bien, éstas no son todas delictivas, de ninguna manera y en ningún sentido de la palabra. Algunas normas están restringidas a un grupo específico: los judíos que observan las normas de su religión no deberían ingerir alimentos que no sean *kosher*, pero los demás tienen la libertad de hacerlo. Algunas normas gobiernan un ámbito de actividades restringido. Las reglas del deporte y los juegos son de este tipo: el modo en que uno mueve una pieza de ajedrez sólo tiene importancia si uno está jugando con alguien que se toma en serio las reglas de ese juego, y toda sanción por violar esas reglas queda en manos de la comunidad ajedrecística exclusivamente. Sin embargo, dentro de esas comunidades operan los mismos tipos de procesos de creación de reglas y detección de infractores.

En otro sentido, algunos comportamientos pueden ser considerados incorrectos por la amplia mayoría, pero pueden no existir leyes que se apliquen al caso o un sistema organizado para detectar a las personas que violan esa regla informal. Algunos de ellos, aparentemente triviales, pueden tener que ver con el incumplimiento de las reglas de la etiqueta (eructar donde no se debe, por ejemplo). Hablar solo por la calle (a menos que tengamos un teléfono celular en la mano) será visto como algo extraño y la gente puede llegar a pensar que uno es un poco raro, pero la mayoría de las veces nadie interviendrá ni hará nada al respecto.

En algunas ocasiones, esos comportamientos fuera de lo común pueden hacer que los demás decidan que uno no es ni "maledu-

cado" ni "raro", sino que está "mentalmente enfermo", y es ahí cuando pueden llegar las sanciones y a uno lo llevan al hospital. Erving Goffman, un colega de posgrado, exploró en profundidad esas alternativas, especialmente en su estudio sobre los hospitales psiquiátricos (Goffman, 1961a).

Para Goffman, para mí y para muchos otros colegas, el término "desviación" servía para abarcar todas esas posibilidades, y usamos el método comparativo para encontrar un proceso básico que tomase diversas formas en diferentes situaciones, de las cuales solamente una era delictiva.

Las distintas formulaciones que propusimos atrajeron la atención y las críticas de muchos, a algunas de las cuales respondí en el último capítulo de la edición revisada del libro. Pero a lo largo de los años se ha desarrollado una vasta literatura en torno a los problemas del "etiquetado" y la "desviación", y no he revisado el libro para dar cuenta de ellos.

Si lo hiciese, daría gran importancia a una idea que Gilberto Velho, el distinguido antropólogo urbano brasileño, aportó a este tema (Velho, 1976; Velho, 1978), y que a mi entender clarifica algunas ambigüedades que han preocupado a varios lectores. Velho sugería reorientar levemente el enfoque y hacer un estudio del proceso de acusación en base a estas preguntas: ¿quién acusa a quién? ¿De qué se están acusando? ¿En qué circunstancias tienen éxito esas acusaciones, en el sentido de ser aceptadas por los otros (al menos por algunos de ellos)?

No he seguido trabajando en el campo de la desviación. Pero he encontrado una versión más general del mismo tipo de pensamiento en el trabajo que realizo desde hace muchos años sobre la sociología del arte. En ese campo surgen los mismos problemas, ya que nunca se sabe claramente qué es "arte" y qué no lo es, y en ese ámbito se observan los mismos argumentos y los mismos procesos.

Por supuesto que en este caso a nadie le molesta que lo que hace sea considerado arte, por lo tanto es el mismo proceso pero visto en espejo. La etiqueta no daña a la persona o a su trabajo, como suele suceder con el rótulo de desviado. Por el contrario, le agrega valor.

Todo esto es simplemente para decir que el terreno que yo y tantos otros relevamos en el campo de la desviación todavía está vivo y es capaz de generar interesantes temas de investigación.

HOWARD S. BECKER

San Francisco, febrero de 2005*

* Este texto fue incluido en la edición danesa de *Outsiders* (Hans Reitzel Publishers, 2005).

Dorothy Seelinger, Kathryn James y Lois Stoops mecanografiaron con paciencia y esmero las muchas versiones manuscritas.

1. Outsiders

Todos los grupos sociales establecen reglas y, en determinado momento y bajo ciertas circunstancias, también intentan aplicarlas. Esas reglas sociales definen las situaciones y comportamientos considerados apropiados, diferenciando las acciones "correctas" de las "equivocadas" y prohibidas. Cuando la regla debe ser aplicada, es probable que el supuesto infractor sea visto como un tipo de persona especial, como alguien incapaz de vivir según las normas acordadas por el grupo y que no merece confianza. Es considerado un *outsider*, un marginal.

Pero la persona etiquetada como *outsider* bien puede tener un punto de vista diferente sobre el tema. Quizá no acepte las reglas por las cuales está siendo juzgada, o rechace la competencia y legitimidad de sus jueces. Surge de ese modo un segundo significado del término: el infractor puede sentir que sus jueces son *outsiders*.

A continuación, intentaré clarificar las situaciones y mecanismos a los que apunta este término con doble sentido: las situaciones de infracción y aplicación de la regla, y los mecanismos que hacen que algunas personas rompan las reglas y otros las impongán.

Es necesario hacer algunas aclaraciones preliminares. Las reglas pueden ser de muchos tipos diferentes. En el caso de las leyes formalmente aprobadas, el Estado puede usar su poder policial para hacerlas cumplir. En otros casos, cuando se trata de pactos informales —tanto los más recientes como los ya refrendados por su antigüedad y tradición—, su incumplimiento prevé sanciones informales de todo tipo.

Del mismo modo, ya tenga fuerza de ley, de tradición, o sea simplemente resultado del consenso, el cumplimiento de la regla

puede estar a cargo de algún organismo especializado, como la policía o el comité de ética de una asociación profesional. Por otra parte, su aplicación también puede ser la tarea de todos, o al menos de todos los integrantes del grupo en el que se aplica la norma.

Muchas reglas no son impuestas ni son, salvo en un sentido formal estricto, el tipo de normas que nos ocupan. Un ejemplo son las leyes morales y religiosas que aún figuran en los códigos pero que no se aplican desde hace cientos de años. (Es importante recordar, sin embargo, que una ley que no se aplica puede reactivarse por diversos motivos y recuperar toda su fuerza original, como ocurrió recientemente en Missouri con las leyes que regulan la apertura de los comercios los días domingo.) Del mismo modo, las reglas informales también pueden morir por falta de aplicación. Aquí nos ocuparemos principalmente de las normas que tienen vigencia real y que están vivas porque siguen siendo aplicadas.

En definitiva, el grado de "marginalidad" de una persona —en cualquiera de los dos sentidos que he mencionado— depende de cada caso. Alguien que comete una infracción de tránsito o bebe de más en una fiesta no nos parece después de todo demasiado diferente de nosotros mismos, y miramos su transgresión con benevolencia. El ladrón ya nos parece menos semejante a nosotros, y lo castigamos severamente. Los crímenes como el asesinato, la violación o la traición nos hacen ver al infractor como un verdadero marginal.

Del mismo modo, algunos infractores a la norma sienten que han sido juzgados injustamente. El infractor de tránsito por lo general suscribe las mismas reglas que ha quebrantado. La postura de los alcohólicos es por lo general ambigua: a veces sienten que quienes los juzgan no los comprenden y otras veces admiten que beber compulsivamente es malo. En el extremo están, por ejemplo, los homosexuales y drogadictos, que desarrollan una ideología acabada para explicar por qué tienen razón y por qué quienes los desaprueban y juzgan están equivocados.

DEFINICIONES DE LA DESVIACIÓN

El *outsider* —quien se desvía de un grupo de reglas— ha sido sujeto de múltiples especulaciones, teorías y estudios científicos. Lo que el hombre común quiere saber sobre los *outsiders* es por qué lo hacen, qué los lleva a hacer algo prohibido y cómo es posible dar cuenta de esa transgresión. La investigación científica ha intentado dar respuesta a estas preguntas, y para hacerlo ha aceptado la premisa —derivada del sentido común— de que existe algo inherente a la desviación (cualitativamente distintivo) en el acto de transgresión (o de aparente transgresión) de las reglas sociales. También ha aceptado la presunción generalizada de que las infracciones a la norma responden a alguna característica de la persona que las comete que la impulsa necesaria o inevitablemente a hacerlo. Los científicos no suelen cuestionar la etiqueta de "desviado" cuando se aplica a acciones o personas en particular, sino que lo aceptan como algo dado. Al hacerlo, adoptan los valores del grupo que ha establecido ese juicio.

Es fácil constatar que diferentes grupos juzgan como desviadas diferentes conductas, lo que debería alertarnos acerca de la posibilidad de que tanto la persona que juzga como el proceso por el cual se ha llegado a ese juicio y la situación juzgada estén todos íntimamente involucrados en el fenómeno de la desviación. En tanto la visión del sentido común sobre la desviación y las teorías científicas que parten de sus premisas presuman que las infracciones a la norma son inherentemente desviadas, y por lo tanto den por sentadas las situaciones y procesos de esa valoración, estarán dejando de lado un aspecto muy importante. Al ignorar el carácter variable de los procesos de valoración, los científicos limitan, por omisión, las diferentes teorías que pueden elaborarse y la comprensión que puede lograrse del fenómeno (véase Cressy, 1951).

Nuestro primer problema es entonces construir una definición de desviación. Antes de hacerlo, consideremos algunas de las definiciones científicas en boga actualmente, para ver qué es lo que dejan afuera si se toman como punto de partida para un estudio de la marginalidad.

La visión más simplista de la desviación es esencialmente estadística, y define como desviado todo aquello que se aparta demasiado del promedio. Cuando un estadístico analiza los resultados de un experimento agrícola, describe el tallo excepcionalmente largo de una planta de maíz y el excepcionalmente corto como desviaciones de la media o promedio. En ese sentido, cualquier cosa que se diferencie de lo que es más común podría describirse como desviada. Desde ese punto de vista, ser zurdo o pelirrojo son desviaciones, pues la mayoría de la gente es diestra y de pelo oscuro.

Expresado así, el punto de vista estadístico parece limitado, incluso trivial. Reduce el problema descartando muchas preguntas valiosas que normalmente surgen cuando se discute la naturaleza de la desviación. A la hora de evaluar cualquier caso en particular, todo lo que uno debe hacer es calcular la distancia existente entre el comportamiento analizado y el comportamiento promedio, lo que constituye una solución demasiado simplista. Salir a reunir casos a partir de esa definición implica regresar con una mezcla que reúne obesos con asesinos, pelirrojos, homosexuales e infractores de tránsito. Esa mezcla incluye tanto a quienes efectivamente se desvían de la norma como a otros que no han quebrantado ninguna norma en absoluto. La definición estadística de la desviación, en resumidas cuentas, está totalmente alejada de la preocupación por la violación a la norma, motivo del estudio científico de la marginalidad.

Un punto de vista menos simplista, pero mucho más generalizado, identifica la desviación con algo esencialmente patológico y que revela la presencia de una "enfermedad". Esta perspectiva descansa, obviamente, en una analogía médica. Cuando el organismo humano funciona bien y no experimenta ningún desarrollo, se dice que es "saludable". Cuando no funciona bien, hay enfermedad. El órgano o miembro afectado es considerado patológico. Por supuesto que existe amplio consenso respecto de lo que es un organismo en buen estado de salud. Pero el consenso no existe cuando el término "patológico" es usado análogamente para describir ciertos tipos de conductas que se consideran desviadas, justamente porque no hay acuerdo respecto de lo que

constituye un comportamiento saludable. Si ya es difícil encontrar una definición de conducta saludable que pueda satisfacer incluso a un grupo tan acotado y selecto como el de los psiquiatras, encontrar una definición que el común de la gente acepte como acepta el criterio de lo que es un organismo saludable es directamente imposible (véase el debate contenido en Wright Mills, 1942).

A veces la gente utiliza esa analogía de manera más estricta, porque cree que la desviación es producto de un desorden mental. El comportamiento de un homosexual o un drogadicto es considerado entonces como síntoma de una enfermedad mental, del mismo modo que la dificultad que tienen los diabéticos para curarse de los moretones es vista como un síntoma de la enfermedad que padecen. Pero la enfermedad mental sólo se parece a la física metafóricamente:

Empezando por cosas como la sífilis, la tuberculosis, la fiebre tifoidea, los carcinomas y las fracturas, hemos creado una "clase" llamada enfermedad. Al principio, esa clase estaba compuesta por unos pocos elementos que compartían el rasgo común de referirse a los estados de desorden estructural o funcional del cuerpo humano entendido como máquina fisicoquímica. Con el tiempo, se fue incorporando otro tipo de elementos, que no fueron sin embargo agregados porque fuesen desórdenes físicos de descubrimiento reciente, sino porque el criterio médico de selección cambió, y pasó a estar enfocado en la incapacidad y el sufrimiento. De esa manera, y paulatinamente, cosas como la histeria, la hipocondría, la neurosis obsesivo-compulsiva y la depresión fueron incorporadas a la categoría de enfermedades. Más tarde, y cada vez con mayor celo, los médicos, y en especial los psiquiatras, empezaron a llamar "enfermedad" (vale decir, por supuesto, "enfermedad mental") a todo aquello en lo que detectaban signos de mal funcionamiento, sin tomar como base ningún criterio. En consecuencia, la agorafobia es una enfermedad porque uno no debería

tener miedo a los espacios abiertos. La homosexualidad es una enfermedad porque la norma social es la heterosexualidad. El divorcio es algo enfermo porque señala el fracaso de un matrimonio. El delito, el arte, los líderes políticos indeseables, la participación en actividades sociales o el alejamiento de ellas: todo esto y mucho más ha sido considerado bajo el signo de la enfermedad mental. (Szasz, 1961, pp. 44-45)¹

La metáfora médica limita nuestra visión tanto como el enfoque estadístico. Acepta el juicio lego de que algo es desviado y, por analogía, sitúa su origen en el interior del individuo, impidiendo de esa manera que podamos analizar ese juicio mismo como parte crucial del fenómeno.

Algunos sociólogos utilizan también un modelo de la desviación basado esencialmente en las nociones médicas de la salud y la enfermedad. Observan la sociedad, o una parte de ella, y se preguntan si hay procesos en marcha tendientes a desestabilizarla, amenazando así su supervivencia. Etiquetan esos procesos como desviados o los identifican con síntomas de un desarreglo social. Discriminan entre rasgos sociales que fomentan la estabilidad (y que son, por lo tanto, "funcionales") y rasgos sociales que buscan interrumpir la estabilidad (o sea, "disfuncionales"). Ese punto de vista tiene la gran virtud de señalar zonas de la sociedad potencialmente problemáticas que pasan inadvertidas para la gente (véanse Merton, 1961, y Parsons, 1951, pp. 249-235).

En teoría puede parecer fácil, pero en la práctica es muy difícil discriminar lo que es funcional de lo que es disfuncional para una sociedad o grupo social. La cuestión de cuál es el propósito u objetivo (función) de un grupo y, en consecuencia, qué cosas lo ayudan a lograrlo o se lo impiden suele ser de carácter político. No hay consenso al respecto dentro de las diferentes facciones del mismo grupo, y cada una de ellas opera para que prevalezca su propia idea de la función que tiene ese grupo. La función de un

grupo u organización, por lo tanto, es el resultado de una confrontación política, y no algo intrínseco a la naturaleza de la organización. De ser esto cierto, entonces es muy probable que también deban ser consideradas como políticas las decisiones acerca de qué leyes hay que aplicar, qué comportamientos se consideran desviados y quiénes deben ser etiquetados como *outsiders*.² Al ignorar el aspecto político del fenómeno, la visión funcional de la desviación también limita nuestra comprensión.

Otra de las perspectivas sociológicas es más relativista. Define la desviación como el fracaso a la hora de obedecer las normas grupales. Una vez que las reglas vigentes de un grupo son explicadas a sus miembros, podemos señalar con bastante precisión si una persona las ha violado y es, por lo tanto, desde esa perspectiva, un desviado.

Esa visión es más cercana a la mía, pero no da importancia suficiente a las ambigüedades que surgen al momento de decidir qué normas deben ser tomadas como patrón para medir o juzgar si un comportamiento es desviado o no. Una sociedad está integrada por muchos grupos, cada uno de los cuales tiene su propio conjunto de reglas, y la gente pertenece a muchos grupos simultáneamente. Una persona puede romper las reglas de un grupo por el simple hecho de atenerse a las reglas de otro. ¿Es entonces una persona desviada? Los defensores de este enfoque pueden argumentar que, si bien puede surgir cierta ambigüedad respecto de las reglas particulares de un grupo u otro, existen normas que son generalmente aceptadas por todos, en cuyo caso el obstáculo no aparece. Se trata, por supuesto, de una cuestión de hechos concretos, que debe ser definida por la investigación empírica. No estoy seguro de que haya tantas zonas de consenso, y creo que es más sabio partir de una definición que nos permita trabajar tanto con situaciones ambiguas como no ambiguas.

2 También Howard Brotz (1961) afirma que el fenómeno de lo que es "funcional" y lo que es "disfuncional" es de carácter político.

1 Véase también Goffman, 1961a, pp. 321-386.

LA DESVIACIÓN Y LA RESPUESTA DE LOS OTROS

La visión sociológica que acabamos de analizar define la desviación como la infracción a algún tipo de norma acordada. Luego se pregunta quién rompe las normas, y pasa a indagar, en su personalidad y situaciones de vida, las razones que puedan dar cuenta de sus infracciones. Esto implica presumir que quienes violan las normas constituyen una categoría homogénea, pues han cometido el mismo acto desviado.

A mi entender, dicha presunción ignora el hecho central: la desviación es creada por la sociedad. No me refiero a la manera en que esto se entiende comúnmente, que sitúa las causas de la desviación en la situación social del individuo desviado o en los "factores sociales" que provocaron su accionar. Me refiero más bien a que *los grupos sociales crean la desviación al establecer las normas cuya infracción constituye una desviación* y al aplicar esas normas a personas en particular y etiquetarlas como marginales. Desde este punto de vista, la desviación *no* es una cualidad del acto que la persona comete, sino una consecuencia de la aplicación de reglas y sanciones sobre el "infractor" a manos de terceros. Es desviado quien ha sido exitosamente etiquetado como tal, y el comportamiento desviado es el comportamiento que la gente etiqueta como tal.³

Como, entre otras cosas, la desviación es una consecuencia de la respuesta de los otros a las acciones de una persona, a la hora de estudiar a la gente que ha sido etiquetada como desviada, los estudiosos del tema no pueden presuponer que estén trabajando con una categoría homogénea. Vale decir, no pueden asumir que esas personas hayan cometido realmente un acto desviado o quebrantado alguna norma, pues el proceso de etiquetado no es infalible. Algunas personas pueden llevar la etiqueta de desviadas sin haber violado ninguna norma. Más aún, no pueden asu-

mir que la categoría de aquellos etiquetados como desviados contenga a todos los que han violado realmente la norma, pues muchos infractores pasan inadvertidos y por lo tanto no son incluidos en la población de "desviados" que se estudia. En la medida en que dicha categoría carece de homogeneidad y no incluye todos los casos que la integran, es de esperar que no se encuentren factores comunes de personalidad o de situaciones de vida que puedan dar cuenta de la supuesta desviación.

¿Qué tienen en común, entonces, quienes llevan el rótulo de la desviación? Comparten al menos ese rótulo y la experiencia de cargar con él. Comenzaré mi análisis con esta similitud básica y consideraré la desviación como el producto de una transacción que se produce entre determinado grupo social y alguien que es percibido por ese grupo como un rompe-normas. Me ocuparé menos de las características personales y sociales de los desviados que de los procesos por los cuales llegan a ser considerados *outsiders* y de sus reacciones frente a ese juicio.

Malinowski descubrió la utilidad de esta perspectiva para entender la naturaleza de la desviación ya hace años, en su estudio de las Islas Trobriand:

Un día, el estallido de los llantos y una gran agitación me indicaron que se había producido una muerte en algún lugar del vecindario. Me informaron que Kima'i, un joven de alrededor de dieciséis años que yo conocía, se había caído de un cocotero y se había matado. (...) Me enteré también de que por alguna misteriosa coincidencia, otro joven había resultado gravemente herido. En el funeral se percibía obviamente la hostilidad entre la aldea en la que el joven había muerto y la aldea donde fue llevado a enterrar.

No fue sino hasta mucho después que descubrí el verdadero significado de esos eventos. El joven se había suicidado. La verdad es que había roto las leyes de la exogamia, y su cómplice en el delito era su prima materna, hija de la hermana de su madre. Todos conocían la situación y la desaprobaban, pero no hicieron nada hasta

³ Las manifestaciones tempranas más importantes de esta teoría pueden encontrarse en Tannenbaum, 1938, y Lemert, 1951. Un artículo reciente que toma una posición muy parecida a la mía es Kitsuse, 1962.

que el enamorado que la joven había descartado, que había querido desposarla y se sentía personalmente agraviado, tomó la iniciativa. Este rival amenazó primero con usar magia negra contra el joven culpable, pero sin mucho efecto. Entonces, una noche insultó al culpable en público, acusándolo de incesto frente a toda la comunidad y utilizando palabras que para los nativos son intolerables.

Al desdichado joven no le quedaba más remedio, no tenía otra forma de escapar. A la mañana siguiente se puso su traje de fiesta y se engalanó, trepó al cocotero y se despidió de la comunidad hablando desde las palmas del árbol. Explicó las razones de su desesperada decisión y también lanzó acusaciones veladas contra el hombre que lo había empujado a la muerte, y de quien los miembros de su clan tenían el deber de vengarlo. A continuación aulló muy fuerte, como es la costumbre, saltó de la palmera de 18 metros de altura, y murió al instante. Se produjo luego una pelea dentro de la aldea donde el rival fue herido, pelea que se repitió durante el funeral (...). Si uno interroga a los trobriandeses al respecto, descubre que a estos nativos les causa horror la sola idea de la violación a la ley de exogamia, y que creen que el incesto dentro de un clan acarrea dolores, enfermedades e incluso la muerte. Ése es el ideal de la ley nativa, y en cuestiones morales es fácil y placentero ceñirse estrictamente a él cuando se trata de juzgar la conducta de otros o expresar una opinión sobre la conducta en general.

Pero a la hora de aplicar los ideales morales a la vida real, sin embargo, las cosas revisten otra complejidad. En el caso descrito, resulta obvio que los hechos no se ajustan al ideal de conducta. La opinión pública no se sentía ofendida para nada, aun conociendo el delito, ni reaccionó de manera directa. Debía ser movilizadora por la declaración pública de la infracción y por los insultos lanzados contra el infractor por parte de uno de los interesados. E incluso entonces, el culpable debió aplicarse

él mismo su castigo. (...) Investigando más a fondo el asunto y después de reunir información concreta, descubrí que la violación de la exogamia —en lo que concierne al intercambio carnal, no al matrimonio— es algo bastante frecuente, y que la opinión pública es indulgente al respecto, aunque definitivamente hipócrita. Si el asunto transcurre *sub rosa* y con cierto grado de decoro, y si nadie genera problemas, la opinión pública murmurará, pero no exigirá ningún castigo severo. Por el contrario, si se desata el escándalo, todos dan la espalda a la pareja culpable y, por medio del ostracismo y los insultos, uno u otro pueden verse arrastrados al suicidio. (Malinowski, 1926, pp. 77-80)

Que un acto sea desviado o no depende entonces de la forma en que los otros reaccionan ante él. Alguien puede cometer incesto en el interior de su clan y tener que soportar nada más que murmuraciones, en tanto y en cuanto nadie haga pública la acusación. Caso contrario, la persona puede terminar suicidándose. El punto es que la respuesta de los otros debe ser considerada como parte del problema. El simple hecho de que alguien haya cometido una infracción a la regla no implica necesariamente que los otros, aun sabiéndolo, respondan ante el hecho consumado. (Y viceversa, el simple hecho de que alguien no haya violado ninguna norma no implica que no sea tratado, en ciertas circunstancias, como si lo hubiera hecho.)

La respuesta de la gente a un comportamiento considerado como desviado varía enormemente, y algunas de esas variaciones merecen ser mencionadas. En primer lugar está la variación a lo largo del tiempo. La persona que ha cometido un acto "desviado" puede recibir en un determinado momento una respuesta mucho más indulgente que en otro. Se producen a veces "embates" contra ciertos tipos de desviación que ilustran claramente esta situación. En determinados momentos, los encargados de aplicar la ley pueden decidir realizar un ataque frontal contra un tipo particular de desviación, como el juego, la adicción a las drogas o la homosexualidad. Obviamente, es mucho más peligroso involu-

crarse en esas actividades durante esas embestidas que en otros momentos. En un estudio muy interesante sobre las noticias policiales en los periódicos del estado de Colorado, James Davis descubrió que el número de delitos reportados por los periódicos locales no tenía relación con los cambios reales en los índices de delincuencia en ese estado. Y lo que es más, la estimación de la gente con respecto al aumento de la delincuencia en Colorado correspondía al aumento del número de noticias policiales y no al incremento real del delito (Davis, 1952).

El grado en que un acto será tratado como desviado depende también de quién lo comete y de quién se siente perjudicado por él. Las reglas suelen ser aplicadas con más fuerza sobre ciertas personas que sobre otras. Los estudios de delincuencia juvenil dejan muy claro este punto. Los procesos legales contra jóvenes de clase media no llegan tan lejos como los procesos contra jóvenes de barrios pobres. Cuando es detenido, es menos probable que el joven de clase media sea llevado hasta la estación de policía; si es llevado a la estación de policía, es menos probable que sea fichado y, finalmente, es extremadamente improbable que sea condenado y sentenciado (véase Cohen y Short, 1961, p. 87). Esas diferencias ocurren aunque la infracción a la regla haya sido igual en ambos casos. Del mismo modo, la ley es aplicada de modo diferente a negros y blancos. Es bien sabido que un negro sospechoso de haber atacado a una mujer blanca tiene muchas más posibilidades de recibir castigo que un blanco que comete el mismo delito, pero lo que nadie sabe es que un negro que mata a otro negro tiene muchas más chances de ser castigado que un blanco que comete un asesinato (véase Garfinkel, 1949). Éste es, por supuesto, uno de los argumentos principales del análisis de Sutherland sobre el delito de "guante blanco": los ilícitos cometidos por las corporaciones casi siempre son juzgados como casos civiles, mientras que los delitos cometidos por un individuo son por lo general tratados como delitos penales (Sutherland, 1940). Algunas leyes sólo son aplicadas cuando su quebrantamiento tiene determinadas consecuencias. El caso de la madre soltera proporciona un excelente ejemplo. Clark Vincent (1961, pp. 3-5) señala que las relaciones sexuales ilícitas raramente desembocan

en castigos severos o en censura social contra los infractores. Sin embargo, si la joven queda embarazada como resultado de ese vínculo, la reacción de los otros tiende a ser más severa. (El embarazo ilícito es también un ejemplo interesante de la aplicación diferencial de la ley sobre diferentes tipos de personas. Vincent señala que el padre soltero suele escapar a la severa censura que cae sobre la madre soltera.)

¿Por qué repito estas observaciones tan obvias? Porque, tomadas en conjunto, apoyan la hipótesis de que la desviación no es simplemente una cualidad presente en determinados tipos de comportamientos y ausente en otros, sino que es más bien el producto de un proceso que involucra la respuesta de los otros. El mismo comportamiento puede constituir en un determinado momento una infracción a la norma y en otro momento no, puede ser una infracción si es cometido por determinada persona y por otra no, y algunas normas pueden ser violadas con impunidad y otras no. En resumidas cuentas, el hecho de que un acto sea desviado o no depende en parte de la naturaleza del acto en sí (vale decir, si viola o no una norma) y en parte de la respuesta de los demás.

Algunos pueden objetar que se trata simplemente de una sutileza terminológica, que uno podría, después de todo, definir los términos de la manera que quisiera, y que si alguien prefiere referirse a las conductas que violan las normas en términos de desviación tiene la libertad de hacerlo. Ciertamente, esto es verdad. Sin embargo, sería valioso referirse a esos comportamientos como *comportamientos que rompen las reglas* y reservar el término *desviado* para aquellos a quienes algún segmento de la sociedad ha étiquetado de esa manera. No pretendo insistir sobre el uso de esta terminología. Pero debe quedar claro que en tanto los científicos utilicen el término "desviado" para designar los comportamientos que rompen las reglas y tomen como sujetos de estudio sólo a aquellos que han sido *etiquetados* como desviados, los estudiosos se enfrentarán al problema de la disparidad que existe entre ambas categorías.

Si el objeto de nuestra atención es el comportamiento que recibe el rótulo de desviado, debemos reconocer que no hay modo

de saber si será categorizado de esta manera hasta que se produzca la respuesta de los demás. La desviación no es una cualidad intrínseca al comportamiento en sí, sino la interacción entre la persona que actúa y aquellos que responden a su accionar.

¿LAS REGLAS DE QUIÉN?

He usado el término "marginales" para referirme a aquellas personas que son juzgadas por los demás como desviadas y al margen del círculo de los miembros "normales" de un grupo. Pero el término contiene un segundo significado, cuyo análisis conduce a otro importante cuerpo de problemas sociológicos, a saber: desde el punto de vista de quienes son etiquetados como desviados, los "marginales" bien pueden ser las personas que dictan las reglas que se los acusa de romper.

Las reglas sociales son la creación de grupos sociales específicos. Las sociedades modernas no son organizaciones simples en las que hay consenso acerca de cuáles son las reglas y cómo deben ser aplicadas en cada caso específico. Por el contrario, las sociedades actuales están altamente diferenciadas en franjas de clase social y en franjas étnicas, ocupacionales y culturales. Estos grupos no necesariamente comparten siempre las mismas reglas; de hecho, no lo hacen. Los problemas que enfrentan al tratar con su entorno, la historia y las tradiciones que traen con ellos, son todos factores que conducen al desarrollo de diferentes conjuntos de reglas. En tanto las normas de los diversos grupos entren en conflicto y se contradigan entre sí, habrá desacuerdo acerca del tipo de comportamiento adecuado para cada clase de situación.

Los inmigrantes italianos que siguieron fabricando vino para ellos mismos y sus amigos durante la Prohibición se estaban comportando de acuerdo a los estándares de la colonia italiana, pero estaban violando las leyes de su nuevo país (al igual que, por supuesto, muchos de sus vecinos, los Verdaderos Norteamericanos). Los enfermos que cambian de un médico a otro, desde la perspectiva de su propio grupo de pertenencia, están haciendo lo necesari-

rio para proteger su salud al asegurarse de estar en las mejores manos posibles, pero, desde la perspectiva del médico, lo que están haciendo está mal, porque atenta contra la confianza que el paciente debe depositar en su médico. El delincuente de clase baja que pelea por su "territorio" está haciendo lo que considera necesario y justo, pero los maestros, los trabajadores sociales y la policía no lo ven de la misma manera.

Aunque puede argumentarse que muchas o la mayoría de las normas suscitan el consenso generalizado de la sociedad, la investigación empírica de una norma determinada suele revelar actitudes muy variadas en la gente. Las reglas formales, cuya aplicación está a cargo de algún grupo creado específicamente para eso, pueden diferir de lo que la mayoría de la gente piensa que es correcto (Rose y Prell, 1955). Las facciones de un mismo grupo pueden discrepar acerca de lo que llamo reglas operativas. De gran importancia para el estudio del comportamiento usualmente etiquetado como desviado, el punto de vista de las personas involucradas suele ser muy diferente de la opinión de la gente que los condena. En este último caso, la persona puede sentir que la juzgan de acuerdo a normas en cuya factura no participó y con las que no está de acuerdo: reglas que le son impuestas desde afuera por marginales.

¿Hasta qué punto y bajo qué circunstancias está la gente dispuesta a imponer sus normas a quienes no suscriben a ellas? Detengámonos distinguir dos casos. En primer lugar, sólo quienes efectivamente forman parte de un grupo pueden tener interés en hacer e imponer ciertas reglas. Si un judío ortodoxo desobedece las normas del *kosher*, sólo otro judío ortodoxo lo considerará una transgresión. Los cristianos y judíos no ortodoxos no lo verían como una desviación de la norma y no tendrían interés en interferir. En segundo lugar, los miembros de un grupo juzgan importante para su bienestar que los miembros de otros grupos obedezcan ciertas normas. De esa manera, la gente considera de extrema importancia que quienes practican las artes de la curación se atengan a ciertas normas. Por esa razón, el Estado otorga matrículas a médicos, enfermeras y demás profesionales de la salud, y prohíbe a todos aquellos que no están matriculados ejercer esas actividades.

La cuestión de hasta dónde está dispuesto a llegar un grupo que intenta imponer sus reglas sobre otros grupos de la sociedad nos plantea un problema diferente: ¿quién puede, de hecho, obligar a otros a aceptar sus reglas y cuáles serían las razones de su éxito? Ésta es, por supuesto, una cuestión de poder político y económico. Más adelante abordaremos el tema de los procesos políticos y económicos a través de los cuales se crean y aplican las normas. Por el momento alcanza con decir que, en los hechos, la gente está todo el tiempo *imponiendo* sus reglas sobre los otros, aplicándolas sin mayor consentimiento y en contra de la voluntad de la otra parte. En gran medida, por ejemplo, las reglas para los jóvenes son formuladas por sus mayores. Si bien los jóvenes de este país ejercen una enorme influencia cultural —los medios masivos de comunicación están hechos a la medida de sus intereses—, muchos tipos de reglas que se aplican a los jóvenes están hechas por adultos. Las reglas sobre la asistencia a clase y el comportamiento sexual no toman en cuenta los problemas de la adolescencia. Los adolescentes se ven rodeados de normas de ese tenor que han sido establecidas por gente más grande y más asentada en la vida. Esto es visto como algo legítimo, ya que se considera que los jóvenes no tienen ni la sabiduría ni la responsabilidad suficiente para instituir sus propias reglas.

Del mismo modo, en más de un aspecto también es cierto que en nuestra sociedad los hombres hacen las reglas para las mujeres (aunque en este sentido Estados Unidos está cambiando rápidamente). Los negros están sujetos a normas hechas para ellos por los blancos. Los de origen extranjero y quienes tienen alguna particularidad étnica suelen tener que cumplir reglas establecidas por la minoría protestante anglosajona. La clase media hace las reglas que la clase baja debe obedecer en las escuelas, en las cortes y en todas partes.

La diferencia en la capacidad de establecer reglas y de imponerlas a otros responde esencialmente a diferencias de poder (ya sea legal o extralegal). Los grupos cuya posición social les confiere armas y poder para hacerlo están en mejores condiciones de imponer sus reglas. Las distinciones de edad, sexo, etnia y clase están relacionadas con las diferencias de poder; que a su vez explican el

grado en que cada uno de esos grupos es capaz de imponer sus reglas a los otros.

Además de reconocer que la desviación es producto de la respuesta de la gente a ciertos tipos de conducta, a las que etiqueta de desviadas, tampoco debemos perder de vista que las reglas que esos rótulos generan y sostienen no responden a la opinión de todos. Por el contrario, son objeto de conflictos y desacuerdos: son parte del proceso político de la sociedad.

2. Tipos de desviación: un modelo secuencial

No me propongo aquí discutir si las únicas acciones "realmente" desviadas son aquellas consideradas como tales por los otros. Pero debemos reconocer que se trata de una dimensión importante, algo que todo análisis del comportamiento que se desvía de la norma debe tener en cuenta. Si lo combinamos con otro aspecto del problema —a saber, si un acto se somete o no a una determinada norma—, podemos construir categorías que ayuden a discriminar entre los diferentes tipos de desviación.

Dos de esos tipos no requieren demasiadas explicaciones. La conducta *conforme* es simplemente aquella que obedece la regla y que los demás perciben como un acatamiento de la norma. En el extremo opuesto, la conducta *desviada pura* es aquella que desobedece la norma y es percibida como una infracción.⁴

TIPOS DE CONDUCTA DESVIADA

	Comportamiento obediente	Comportamiento que rompe la regla
Percibido como desviación	Falsa acusación	desviado puro
No percibido como desviación	Conforme	desviado secreto

⁴ No debemos olvidar que esta clasificación siempre debe ser utilizada desde la perspectiva de un conjunto de reglas dado. No toma en cuenta las complejidades, ya discutidas, que aparecen cuando hay más de un conjunto de reglas disponibles para que la gente defina el mismo acto. Es más, la clasificación hace referencia a tipos de com-

Las otras dos posibilidades revisten mayor interés. En la situación de *falsa acusación*, la persona es vista por los otros como autor de una acción impropia, aunque de hecho no sea el caso. Las falsas acusaciones sin duda ocurren, y hasta en la corte de justicia, donde a persona está protegida por las leyes del debido proceso y la evidencia. Probablemente sean mucho más usuales en entornos no egales, donde los procedimientos no están salvaguardados.

Encontramos un tipo de caso todavía más interesante en el otro extremo: *la desviación secreta*. Aquí, se ha cometido un acto incorrecto pero nadie lo advierte, o nadie reacciona como si se tratase de una violación a la norma. Como en el caso de la falsa acusación, nadie sabe realmente qué tan frecuente es este fenómeno, pero estoy convencido de que el porcentaje es muy alto, mucho más de lo que podemos siquiera imaginar. Una breve observación me ha convencido de que esto es así. La mayoría de la gente probablemente cree que el fetichismo (y en particular el fetichismo sadomasoquista) es una perversión extraña y poco común. Hace algunos años, sin embargo, tuve ocasión de examinar el catálogo de un traficante de fotos pornográficas realizadas exclusivamente para devotos de esa práctica. El catálogo no contenía ninguna foto de desnudos, ni tampoco imágenes del acto sexual en sí. Contenia, en cambio, páginas y páginas de fotos de muchachas en camisa de fuerza, con botas de cuero de taco alto, muchachas que blandían látigos, jovencitas esposadas y chicas que se daban nalgas das unas a otras. Cada página servía como ejemplo de casi ciento veinte fotos similares disponibles. Un cálculo rápido me reveló que el catálogo ofrecía a la venta inmediata alrededor de veinte mil fotos diferentes. La impresión del catálogo en sí era de excelente calidad y esto, sumado a la cantidad de fotos en venta, indicaba a las claras que el vendedor tenía entre manos un negocio próspero y una clientela muy considerable. No obstante, uno no se cruza con fetichistas del sadomasoquismo todos los días. Obvia-

portamiento más que a tipos de personas, a acciones más que a personalidades. El comportamiento de una misma persona puede obviamente someterse a la norma en algunas actividades y desviarse de ella en otras.

mente, logran mantener su perversión en secreto ("Todos los entornos se realizan en sobres sin identificar"). (Vale la pena revisar una discusión sobre este tema en Kilpatrick, 1960, pp. 1-77.)

Los estudiosos de la homosexualidad también han realizado observaciones similares, que revelan que muchos homosexuales logran mantener en secreto su desviación frente a sus allegados heterosexuales. Y muchos consumidores de drogas narcóticas, como veremos más adelante, son capaces de ocultar su adicción a los no consumidores con los que se relacionan.

Los cuatro tipos teóricos de desviación, que creamos por clasificación cruzada de los tipos de comportamiento con las respuestas que éstos despiertan, tienen la virtud de distinguir entre fenómenos que difieren en aspectos importantes que por lo general son considerados iguales. Si ignoramos esas diferencias, podemos caer en la falacia de intentar explicar de la misma manera fenómenos distintos, ignorando la posibilidad de que quizás exijan explicaciones específicas. Un muchacho que inocentemente integra los márgenes de un grupo de delincuentes puede ser arrestado cualquier noche como sospechoso, y pasará a figurar en las estadísticas oficiales como un delincuente, al igual que quienes verdaderamente estuvieron involucrados en el delito. Los científicos sociales que busquen elaborar teorías sobre la delincuencia intentarán dar cuenta de su presencia en los registros policiales del mismo modo en que explican la presencia de los otros.⁵ Pero se trata de casos distintos, y una misma explicación no sirve para dar cuenta de ambos.

MODELOS DE DESVIACIÓN SIMULTÁNEOS Y SECUENCIALES

Discriminar entre los diferentes tipos de desviación nos ayudará a comprender cómo se origina el comportamiento desviado, pues nos permitirá desarrollar un modelo secuencial de la desviación,

5 Me ha sido de enorme utilidad la lectura de un trabajo aún no publicado de John Kistuse acerca del uso de las estadísticas oficiales en las investigaciones sobre la desviación.

que contemple las modificaciones que se producen a través del tiempo. Pero antes de discutir el modelo en sí, consideremos las diferencias entre un modelo secuencial y un modelo simultáneo del desarrollo de la conducta individual.

En primera instancia, cabe señalar que casi todas las investigaciones sobre la desviación se ocupan de cuestiones que surgen de concebirla como algo patológico, vale decir que intentan descubrir la "etiología" de la "enfermedad", las causas del comportamiento indeseado.

Nuestra investigación encara el tema con las herramientas del análisis multivariado. Las técnicas y herramientas utilizadas por la investigación social implican siempre la adhesión a ciertos presupuestos, tanto teóricos como metodológicos, lo que también se aplica a esta investigación. Como seguramente saben quienes lo utilizan, el análisis multivariado asume que todos los factores que operan para producir el fenómeno estudiado lo hacen simultáneamente. Intenta descubrir qué variable o combinación de variables son mejores para "predecir" el comportamiento que se examina. Según ese modelo, un estudio sobre la delincuencia juvenil intentará descubrir si los factores que la generan responden al coeficiente intelectual de los jóvenes, a la zona en la que viven, al hogar del que proceden, o a una combinación de todos ellos y muchos otros más.

Pero la realidad es que no todos los factores operan al mismo tiempo, y necesitamos un modelo que tenga en cuenta el hecho de que los patrones de comportamiento se *desarrollan* en una secuencia ordenada. Para dar cuenta del consumo de marihuana de una persona y comprender el fenómeno, como veremos luego, debemos considerar una secuencia de etapas, cambios en el comportamiento del individuo y en su punto de vista sobre su propio accionar. Cada una de esas etapas necesita ser explicada, y lo que puede operar como causa en una determinada etapa de la secuencia puede ser irrelevante en otra. El modo en que una persona llega a estar en situación de conseguir marihuana sin dificultad necesita un tipo de explicación, mientras que el hecho de que se decida a experimentar con ella una vez obtenida requiere una explicación diferente. Y todavía es necesaria una explicación más,

a saber, por qué después de haber experimentado decide seguir consumiéndola. En cierto sentido, cada explicación constituye una causa necesaria de ese comportamiento, o sea que no se puede confirmar que alguien sea un consumidor de marihuana si no ha pasado por cada una de esas etapas. Debe tener acceso a la droga, debe experimentar con ella y debe seguir consumiéndola. La explicación de cada uno de estos pasos forma parte, por lo tanto, de la explicación del comportamiento resultante.

Sin embargo, si se las toma separadamente, las variables que dan cuenta de cada una de esas etapas pueden no distinguir entre consumidores y no consumidores. Las variables que predicen a una persona a dar determinado paso pueden no tener efectos sobre ella si no ha llegado a la etapa del proceso donde le es posible dar ese paso. Supongamos, por ejemplo, que uno de los pasos en la formación de un patrón habitual de consumo —el deseo de experimentar con una droga— es en realidad el resultado de una variable de personalidad o de inclinación personal, como el apartamiento de las normas convencionales. Esa variable personal de alienación respecto de la sociedad, no obstante, sólo conducirá al consumo de la droga en personas que están en situación de experimentar con ella por su vinculación con grupos en los que se tiene acceso a la droga; quienes poseen esa predisposición personal de alienación de las normas pero no tienen droga a su disposición no pueden empezar a experimentar ni convertirse por lo tanto en consumidores, por más alejados que estén de la sociedad. En consecuencia, la alienación de la sociedad puede ser una causa necesaria para el consumo de la droga, pero distingue entre consumidores y no consumidores sólo en una determinada etapa del proceso.

Una noción muy útil a la hora de desarrollar modelos secuenciales de los diversos tipos de comportamiento desviado es el *carrera* (véanse Hughes, 1958, pp. 56-67, 102-115 y 157-168; Hall, 1948, y Becker y Strauss, 1956). Elaborado originalmente para estudios laborales, el concepto se refiere a la secuencia de movimientos de un puesto de trabajo a otro que hace un individuo que se desplaza dentro del sistema ocupacional. Es más, incluye la noción de "contingencia ocupacional", vale decir, aquellos fic-

tores que determinan la movilidad laboral de un puesto a otro. La contingencia ocupacional incluye tanto los hechos objetivos de la estructura social como los cambios en el punto de vista, las motivaciones y los deseos del individuo. En los estudios ocupacionales o laborales, utilizamos normalmente este concepto para distinguir entre aquellos que tienen una carrera "exitosa" (como sea que se entienda el éxito dentro de esa ocupación) y los que no. También puede ser utilizado para evaluar los diferentes resultados de las carreras laborales, sin tomar en cuenta su "éxito".

Ese modelo puede ser fácilmente modificado para estudiar las carreras en la desviación. Al hacer esa modificación, no debemos confinar nuestro interés a aquellos que siguen una carrera que los conduce a una desviación cada vez mayor y que finalmente adoptan una identidad y una forma de vida en extremo desviadas. También debemos considerar a quienes tienen un contacto más esporádico con la desviación, y cuyas carreras los alejan de la forma de vida convencional. En ese sentido, por ejemplo, el estudio de los delincuentes juveniles que no llegan a convertirse en criminales adultos puede enseñarnos mucho más que el estudio de los que hacen carrera en el delito.

En el resto de este capítulo, consideraré las posibilidades inherentes a un enfoque ocupacional de la desviación. Luego me dedicaré al estudio de un tipo particular de desviación: el consumo de marihuana.

LA CARRERA DEL DESVIADO

La mayoría de las veces, el primer paso de una carrera en la desviación es la comisión de un acto de inconformismo, un acto que rompe con un conjunto de normas en particular. ¿Cómo podemos explicar la comisión de ese primer acto de desconformidad?

La gente generalmente piensa que los actos que se desvían de la norma son intencionales. Green que la persona que comete un acto desviado, incluso por primera vez (y quizás sobre todo esa primera vez), lo hace a propósito, que la intención puede ser ple-

namente consciente o no, pero que existe un motivo detrás de su accionar. Más adelante nos dedicaremos a considerar los casos de inconformidad intencional, pero primero debo señalar que muchos actos de inconformismo son cometidos por gente que no tenía la menor intención de hacerlo, y estos hechos exigen claramente una explicación diferente.

Los actos desviados no intencionales pueden ser explicados con relativa facilidad, por el simple desconocimiento de la existencia de la norma, o de que fuese aplicable a ese hecho o a esa persona en particular. Pero es necesario explicar ese desconocimiento. ¿Por qué la persona no sabe que su accionar es indebido? Las personas sumamente involucradas en una subcultura en particular (como puede ser una subcultura religiosa o étnica) pueden sencillamente ignorar que no todos actúan "de esa manera" y, por lo tanto, incurrir en una falta. De hecho, es posible que existan zonas estructurales de ignorancia sobre ciertas normas en particular. Mary Haas (1951) ha señalado el interesante caso de las palabras tabú en diferentes idiomas. Términos que son perfectamente apropiados en un idioma son "sucios" en otro. De esta forma, una persona que inocentemente utiliza una palabra que en su propio idioma es común, puede advertir que ha escandalizado y horrorizado a sus interlocutores provenientes de una cultura diferente.

Al analizar los casos de inconformismo intencional, la gente suele preguntarse por los móviles: ¿por qué esa persona quiere actuar de manera desviada? La pregunta supone que la diferencia básica entre quienes se desvían de la norma y quienes actúan conforme a ella reside en sus motivaciones. Se han propuesto muchas teorías para explicar por qué algunas personas tienen motivaciones desviadas y otras no. Las teorías psicológicas atribuyen la causa de las motivaciones y acciones desviadas a las experiencias tempranas del individuo, que generan necesidades inconscientes que debe satisfacer para conservar su equilibrio. Las teorías sociológicas buscan las fuentes de "tensión" socialmente estructuradas, lugares en la sociedad que entrañan exigencias conflictivas que hacen que el individuo busque una manera ilegítima de resolver los problemas que su lugar en la sociedad le presenta. (La famosa

teoría de la anomia, de Merton, encaja en esta categoría [véase Merton, 1957, pp. 131-194].)

Pero los presupuestos en los que se basan estas teorías podrían ser por completo falsos. No hay razones para presuponer que sólo quienes finalmente se desvían de la norma tienen de verdad el impulso de hacerlo. Es mucho más probable que la mayoría de la gente tenga impulsos desviados todo el tiempo. Al menos en sus fantasías, la gente es mucho más desviada de lo que parece. En vez de preguntarnos por qué quienes se desvían de la norma hacen cosas reprobables, uno debería preguntarse por qué la gente convencional no lleva a la práctica sus impulsos desviados.

Parte de la respuesta puede encontrarse en el proceso de compromiso a través del cual la persona "normal" se involucra paulatinamente con instituciones y formas de conducta convencionales. Cuando hablo de compromiso,⁶ me refiero al proceso por el cual diversos tipos de intereses se alían para sostener ciertas líneas de comportamiento que parecen formalmente externas a ellos. Lo que ocurre entonces es que, como consecuencia de sus acciones pasadas o de su participación en diversas rutinas de orden institucional, el individuo siente que debe adherir a ciertas líneas de comportamiento para que las demás actividades sociales de las que participa no se vean afectadas negativamente. El joven de clase media no abandonará la escuela porque su futuro laboral depende de la cantidad de educación que reciba. El individuo convencional no se permitirá interesarse por las drogas, por ejemplo, porque pondría mucho más en juego que el placer inmediato que obtendría, y puede sentir que su familia, su empleo y su reputación en el vecindario dependen de que siga resistiéndose a la tentación.

De hecho, el desarrollo normal de la gente en nuestra sociedad (y tal vez en todas las sociedades) puede ser visto como una serie de compromisos cada vez mayores con las normas e instituciones convencionales. Cuando la persona "normal" descubre en su inte-

rior un impulso desviado, es capaz de contenerlo por las innumerables consecuencias que podría acarrearle el hecho de entregarse de lleno a él. Ha apostado mucho a la continuidad de su normalidad como para permitirse dejarse llevar por impulsos no convencionales.

Esto sugiere que, al evaluar casos de inconformismo deliberado, debemos preguntarnos cómo hace el individuo para escapar a la influencia de los compromisos convencionales. Existen dos posibilidades. En primer lugar, es posible que durante su crecimiento la persona de alguna manera haya logrado evitar la formación de alianzas con la sociedad convencional, y que por lo tanto esté en libertad de seguir sus impulsos. Quienes no tienen una reputación o un empleo fijo que conservar pueden dejarse llevar por ellos: no han apostado nada a la preservación de una imagen convencional.

Sin embargo, la mayoría de la gente es susceptible a los códigos de conducta convencionales, y la primera vez que están en situación de cometer un acto que se desvía de la norma deben lidiar con esas susceptibilidades. Sykes y Matza han sugerido que los delincuentes en realidad tienen un fuerte impulso de ajustarse a la ley, y que utilizan técnicas de neutralización para acallarlos: "justificaciones de su accionar desviado que para el delincuente son válidas, pero no para el sistema legal o el conjunto de la sociedad". Estos autores identifican ciertas técnicas tendientes a neutralizar el impulso de acatar las leyes:

En tanto y en cuanto el delincuente sea capaz de pensar que no es el responsable de sus actos desviados, la desaprobación de sí mismo o de los demás deja de tener la misma influencia restrictiva (...). El delincuente empieza a verse a sí mismo como una "bola de billar", imagen que condensa la sensación de ser impulsado contra su voluntad a situaciones nuevas (...). A medida que empieza a verse a sí mismo como un sujeto pasivo más que como un agente de la acción, el delincuente allana el camino para desviarse del sistema normativo dominante sin necesidad de atacar frontalmente las normas en sí mismas (...).

6 Me he ocupado más extensamente del concepto de compromiso en Becker, 1960, pp. 32-40. Véanse también Goffman, 1961b, pp. 88-110, y Stone, 1959.

La segunda técnica de neutralización está centrada en la ofensa o daño que implica el acto delictivo (...). Para el delincuente, la ilegalidad puede hacer surgir la pregunta de si su delito ha perjudicado realmente a alguien, y esta cuestión está abierta a toda clase de interpretaciones (...). Puede considerarse entonces que el robo de un auto es un "préstamo", y que las luchas entre pandillas son peleas privadas, duelos consensuados entre grupos que por lo tanto no atañen a la comunidad en general (...). La indignación moral propia y ajena puede ser neutralizada por la insistencia en que el daño no es injustificado dada las circunstancias: el daño, puede decirse el delincuente, no es en realidad un ataque, sino una forma de justa venganza y castigo. Los ataques contra homosexuales o presuntos homosexuales, los ataques contra grupos minoritarios que se han "salido de su lugar", y el vandalismo como venganza contra un maestro injusto, los robos contra comerciantes "deshonestos", son todas acciones que el delincuente puede ver como daños causados a un transgresor.

La cuarta técnica de neutralización parece conllevar la condena de los condenados (...). Quienes lo condenan, afirma el delincuente, son hipócritas, desviados con disfraz que, impulsados por su propia frustración, logran reprimir o perder de vista la ilegalidad de sus propias acciones atacando a los demás (...).

Los controles sociales internos y externos pueden ser neutralizados sacrificando las exigencias del conjunto de la sociedad en aras de las exigencias de grupos más pequeños que el delincuente integra, ya sea el de sus hermanos, una pandilla o su grupo de amigos (...). Pero lo más importante es que el apartamiento de ciertas normas puede producirse no porque se las rechace, sino porque se privilegian otras normas que ejercen mayor presión o entrañan lealtades más fuertes. (Sykes y Matza, 1957, pp. 667-669)

En ciertos casos, una persona que de otra manera se ceñiría a la ley puede sentir que el acto de inconformismo es necesario o inevitable. A la luz de esos intereses legítimos, el acto que se desvía de la norma puede ser visto como correcto, o al menos no del todo incorrecto. La novela de Guido D'Agostino, *Olives on the Apple Tree* (1940), que trata de un joven médico ítalo-norteamericano, nos brinda un buen ejemplo.⁷ El muchacho, que acaba de recibirse de médico, no quiere basar su profesión en el hecho de ser italiano. Pero precisamente por esto le resulta difícil ganarse la aceptación de los médicos yanquis de su comunidad. Un día, uno de los cirujanos más importantes le deriva un caso, y el joven siente que ha sido finalmente aceptado en el sistema de derivaciones de los mejores médicos de la ciudad. Pero cuando el paciente llega a su oficina, se entera de que se trata de un caso de aborto clandestino. Malinterpretando esa derivación como el primer paso de una relación regular de intercambio con el cirujano en cuestión, el joven realiza la operación. Su accionar, aunque ilegal, es considerado necesario para su progreso profesional.

No obstante, la persona que se desvía de la norma una vez no nos interesa tanto como quien mantiene un patrón de comportamiento desviado durante un período largo de tiempo, quien hace de la desviación un modo de vida, quien organiza su identidad alrededor de un patrón de comportamiento desviado. No nos interesan aquí los que experimentan con la homosexualidad (que resultaron ser tan numerosos, según lo revelado por el Informe Kinsey), sino el hombre que sigue un patrón de comportamiento homosexual a lo largo de su vida adulta.

Uno de los mecanismos que llevan de la experimentación ocasional a patrones de conductas desviadas más sostenidos es el desarrollo de motivos e intereses desviados. Más adelante analizaremos este proceso en detalle, cuando hablemos de la carrera del consumidor de marihuana. Basta aquí con decir que muchos tipos de actividad desviada surgen de motivos socialmente aprendidos.

7 Agradezco a Everett C. Hughes por llamar mi atención sobre esta novela.

didos. Hasta que no ha tenido una experiencia sostenida de esa actividad, la persona desconoce los placeres que derivan de ella, y se entera de ellos interactuando con desviados de más experiencia. Aprende a estar atento a nuevas sensaciones que se presenten, y a considerarlas placenteras. Lo que puede haber empezado como el impulso aleatorio de probar algo nuevo se transforma en un gusto consolidado por algo que ya se conoce de primera mano. Las jergas utilizadas para hablar de los motivos de la desviación revelan que quienes las usan las han aprendido en su interacción con otros marginales. El individuo *aprende*, en resumidas cuentas, a participar en una subcultura organizada alrededor de una actividad desviada en particular.

Los motivos de la desviación son de carácter social incluso cuando se trata de una actividad que se desarrolla mayormente en la intimidad, en secreto, o de manera solitaria. En esos casos, la interacción cara a cara que induce al individuo a integrarse en una subcultura podrá ser reemplazada por otras vías de comunicación. Las fotografías pornográficas que antes mencioné eran descritas a sus potenciales compradores con un lenguaje estilizado. Las palabras comunes eran utilizadas en un estilo técnico inventado para estimular deseos específicos. La palabra "sometimiento", por ejemplo, aparecía repetidamente para referirse a fotos que mostraban mujeres amarradas con esposas o camisas de fuerza. Nadie adquiere el gusto por las "fotos de sometimiento" sin antes haber aprendido lo que son y el placer que puede obtenerse de ellas.

Uno de los pasos más cruciales en el proceso de construcción de un patrón estable de comportamiento desviado quizá sea la experiencia de haber sido identificado y etiquetado públicamente como desviado. Que la persona transite por esa experiencia no depende tanto de lo que haga o deje de hacer sino de la reacción de los demás, de si deciden o no aplicar la ley que se ha violado. Aunque más adelante consideraremos en detalle las circunstancias en las cuales se produce en esos casos la aplicación de la ley, cabe aquí hacer dos aclaraciones. En primer lugar, aunque nadie lo descubra ni aplique la ley en su contra, el individuo mismo que ha cometido la infracción puede actuar como agente de aplicación de la ley.

Puede catalogarse a sí mismo como desviado por sus acciones y castigarse de una manera u otra por lo que hizo. Éste no es siempre ni necesariamente el caso, pero puede ocurrir. En segundo lugar, puede haber casos como los descritos por los psicoanalistas, en los que el individuo en realidad quiere que lo atrapen, y perpetra su accionar desviado de forma tal de ser descubierto.

Cualquiera sea el caso, ser descubierto y etiquetado como desviado tiene importantes repercusiones en la futura vida social y en la imagen que se hacen las personas de sí mismas. Su efecto más importante es el cambio drástico que se produce en la identidad pública del individuo. La comisión del acto indebido y su publicidad le confieren un nuevo estatus. Se ha revelado que era una persona diferente a la que se suponía que era. Se lo etiqueta como "loca", "fumón", "adicto", "lunático", y se lo trata acorde a eso.

Para analizar las consecuencias que acarrea asumir una identidad desviada usaremos la distinción que hace Hughes (1945) entre los rasgos de estatus maestros y los auxiliares. Hughes señala que casi todos los estatus tienen un rasgo clave distintivo. Por ejemplo, un médico, sin importar qué otra cosa sea, es una persona que tiene un certificado donde consta que ha cumplido ciertos requisitos y que lo habilita para ejercer la medicina: ése es su rasgo maestro. Como señala Hughes, nuestra sociedad, en su gran mayoría, espera además que un médico tenga una serie de rasgos auxiliares: que sea blanco, hombre y protestante. Cuando no es así, siempre queda la sensación de que de alguna manera no ha cumplido con todos los requisitos. Del mismo modo, y aunque el color de la piel es el rasgo maestro que determina quién es negro y quién es blanco, se espera comúnmente que los negros tengan ciertos rasgos de estatus y carezcan de otros; la gente suele sorprenderse y les parece anómalo que un negro llegue a médico o a profesor universitario. Muchas veces las personas poseen el rasgo maestro pero carecen de algunas de las características que se espera informalmente que también posean; por ejemplo, alguien que es médico pero a la vez negro o mujer.

Hughes se ocupa de estos fenómenos en relación con estatus que son apreciados, deseados y deseables (aclarando que, aunque la persona cumpla con todos los requisitos formales para acceder

a cierto estatus, pueden negarle el ingreso completo por carecer de los rasgos auxiliares adecuados), pero el mismo proceso se da en el caso de los estatus en la desviación. La posesión de un rasgo desviado puede tener un valor simbólico generalizado, de forma tal que la gente presupone automáticamente que su poseedor también tiene otros rasgos indeseables asociados.

Para ser etiquetado como delincuente basta con cometer un solo delito, y a eso refiere formalmente esa palabra. Sin embargo, la palabra tiene también una serie de connotaciones que especifican los rasgos auxiliares de todos los que llevan ese rótulo. Se presume que un hombre condenado por robo, y por lo tanto etiquetado como delincuente, es capaz de meterse a robar en una casa. La policía opera según esta misma premisa, y cuando investiga un delito arresta e interroga a delincuentes ya reconocidos. Es más, se espera también que sean capaces de cometer otros tipos de infracción, pues han demostrado ser personas "sin respeto por la ley". Por lo tanto, al ser detenido por un acto desviado, el individuo queda expuesto a la posibilidad de ser visto como desviado o indeseable en otros aspectos también.

Existe otro elemento en este análisis de Hughes que podemos tomar prestado en nuestro provecho: la distinción entre estatus maestro y estatus subordinado. Algunos estatus, en nuestra sociedad y en otras, superan a todos los demás y tienen cierta primacía. La raza es uno de ellos. Pertenecer a la raza negra, socialmente definida, es un estatus que se ubica por encima de cualquier otra consideración en casi cualquier situación. El hecho de ser médico o el de pertenecer a la clase media no impedirán que el negro sea tratado primero como tal y sólo luego de acuerdo a lo demás. El estatus de desviado (dependiendo del tipo de desviación) es un estatus de tipo maestro. Uno recibe ese estatus como resultado de haber quebrantado una norma, y la identificación demuestra que ese estatus tiene más fuerza que todos los demás. La persona será primero identificada como desviada, antes que ninguna otra cosa. Surge la pregunta: "¿Qué clase de persona rompería una norma tan importante?". Y surge la respuesta: "Alguien diferente del resto de nosotros, alguien que no puede o no quiere actuar como un ser humano moral y que por lo tanto puede rom-

per otras normas importantes". La desviación se convierte en el rasgo dominante.

Tratar a un individuo como si fuese un desviado en general, y no una persona con una desviación específica, tiene el efecto de producir una profecía autocumplida. Pone en marcha una serie de mecanismos que conspiran para dar forma a la persona a imagen de lo que los demás ven en ella (Ray, 1961). En primer lugar, una vez que ha sido identificado como desviado, el individuo tiende a ser aislado de las actividades más convencionales, aun cuando las consecuencias específicas de ese particular accionar desviado no habrían generado el aislamiento de no haber sido por la publicidad del hecho y la reacción de los demás. Por ejemplo, ser homosexual puede no afectar la habilidad de alguien para el trabajo de oficina, pero ser conocido como homosexual en un ambiente de oficina puede hacer imposible la continuidad laboral de alguien. Del mismo modo, aunque el efecto de los opiáceos no atente contra la capacidad de trabajo de una persona, si su adicción se conoce lo más probable es que pierda su empleo. En esos casos, al individuo le cuesta mucho ajustarse a otras normas que no tenía intenciones ni deseos de violar, y se ve forzado a verse a sí mismo como un desviado en esas áreas también. El homosexual que pierde un trabajo "respetable" porque su desviación se hace pública puede derivar hacia ocupaciones marginales y no convencionales en las que su homosexualidad no implique ninguna diferencia. El drogadicto se ve forzado a involucrarse en otro tipo de actividades ilegales, como el robo y el hurto, como consecuencia del rechazo de sus empleadores.

Cuando un desviado es atrapado, se lo trata de acuerdo al diagnóstico popular que explica por qué es como es, y el tratamiento en sí mismo puede a su vez profundizar su desviación. Al drogadicto, popularmente considerado como un individuo falto de voluntad que no puede renunciar a los placeres indecentes que le proporcionan los opiáceos, se lo reprime y se le prohíbe el consumo de drogas. Como no puede conseguir sustancias legalmente, debe obtenerlas de manera ilegal. Esto fomenta el mercado clandestino y hace subir el precio de la droga muy por encima de su valor legítimo en el mercado, a niveles inalcanzables

para un asalariado común. Es así que el tratamiento para su desviación pone al adicto en situación de tener que recurrir al engaño y al delito para solventar su hábito.⁸ El comportamiento es más una consecuencia de la reacción pública ante la desviación que un efecto de las cualidades inherentes al acto desviado en sí.

Dicho de manera más general, el punto es que el tratamiento de la desviación les niega a los desviados los medios de que dispone la mayoría de las personas para llevar una vida cotidiana normal, y en consecuencia deben desarrollar, por necesidad, rutinas ilegales. La influencia de la reacción pública puede ser directa, como en las instancias que consideramos anteriormente, o indirecta, como consecuencia del carácter integrado de la sociedad en la que viven.

El carácter integrado de la sociedad implica que los acuerdos sociales propios de una esfera de actividad están enlazados con actividades de otras esferas de una manera específica, y dependen de la existencia de esos otros acuerdos. Ciertos tipos de vida laboral presuponen determinados tipos de vida familiar, como veremos al estudiar el caso del músico de baile.

Muchas variantes de la desviación generan dificultades pues no encajan con las expectativas propias de otras áreas de la vida. La homosexualidad es un buen ejemplo. Los homosexuales tienen problemas en todas aquellas áreas de la actividad social que presuponen intereses sexuales y maritales convencionales. En las organizaciones de trabajo estables, como las grandes empresas o las industrias, llega un punto en que se espera que el hombre laboralmente exitoso se case. Si no lo hace, le será difícil cumplir con todo lo que la organización espera de un hombre exitoso y sus ambiciones se verán frustradas. La obligación de contraer matrimonio ya de por sí suele ser un problema para el varón "normal", y pone al varón homosexual en una situación prácticamente insostenible. Del mismo modo, en algunos grupos de trabajo mascu-

linos donde las proezas heterosexuales son necesarias para conservar la estima del grupo, los homosexuales tienen obvias dificultades. Si no logra estar a la altura de lo que se espera de él, el individuo puede verse forzado a buscar medios desviados de la norma para obtener resultados que para otros son automáticos.

Por supuesto que no todos los que son atrapados en la comisión de un acto desviado y etiquetados en consecuencia avanzan inevitablemente hacia formas más acentuadas de desviación, como las acotaciones anteriores podrían sugerir. Las profecías no siempre se confirman a sí mismas, y los mecanismos no siempre funcionan de esa manera. ¿Cuáles son los factores que aminoran o detienen la profundización de la desviación? ¿En qué circunstancias se ponen en funcionamiento?

Una posible respuesta a por qué ciertas personas están inmiscuadas contra una profundización de la desviación puede hallarse en un reciente estudio sobre los delincuentes juveniles que se prostituyen con homosexuales (Reiss, 1961). Estos jóvenes actúan como *taxi boys* para inveterados homosexuales adultos. Sin embargo, ellos mismos no se convierten en homosexuales. Son varias las razones que explican que no continúen con ese comportamiento sexual desviado. En primer lugar, están protegidos de la intervención policial porque son menores. Si fuesen detenidos en pleno acto homosexual, serían tratados como niños explotados, aunque en realidad sean los explotadores: la ley hace culpable al adulto. En segundo lugar, para estos jóvenes la actividad homosexual no es más que un modo de hacer dinero, menos peligroso y más rápido que el robo u otras actividades similares. En tercer lugar, los estándares de su grupo de pertenencia, que permiten la prostitución homosexual, les prohíben obtener ningún placer suplementario o recibir del adulto con quien mantienen relaciones ningún tipo de muestra de afecto o cariño. La infracción a estas u otras normas de actividad heterosexual normal es severamente castigada por los compañeros de estos jóvenes.

La detención policial o la publicidad del hecho no conducen necesariamente a un aumento de la desviación si la situación en la que el individuo fue descubierto por primera vez ocurre cuando todavía tiene a su disposición líneas de acción alternativas. En-

⁸ Véase *Drug Addiction: Crime or Disease?* Informes preliminares y finales del Comité Conjunto de la ABA (Asociación Americana de Derecho) y de la Asociación Médica Norteamericana de Drogas y Narcóticos (Bloomington, Indiana, Indiana University Press, 1961).

frontado por primera vez a las posibles consecuencias, drásticas y definitivas, de su accionar, puede decidir que no quiere tomar el camino de la desviación y echarse atrás. Si hace la elección correcta, será recibido nuevamente en el seno de la comunidad convencional, pero si hace el movimiento equivocado será rechazado e ingresará en un ciclo de desviación creciente.

En el caso de los drogadictos, Ray (1961) ha demostrado lo difícil que es revertir ese ciclo. Señala que los drogadictos con frecuencia intentan curarse y que el motivo subyacente a estos intentos es el esfuerzo por demostrar a los no adictos cuya opinión respetan que en realidad no son tan malos como se piensa. Cuando logran dejar con éxito su adicción, descubren consternados que la gente los sigue tratando como si fuesen adictos (aparentemente bajo la premisa de que "el yonqui es yonqui hasta que se muere").

El último escalón en la carrera de un desviado es integrarse a un grupo desviado organizado. Cuando una persona da el paso definitivo y se integra a un grupo organizado —o cuando se da cuenta y acepta el hecho de que ya lo integra— el impacto sobre la imagen que tiene de sí misma es muy fuerte. Una drogadicta me dijo una vez que el momento en que sintió que estaba realmente "enganchada" fue cuando cayó en la cuenta de que ya no tenía amigos que no fueran drogadictos.

Los miembros de un grupo desviado organizado tienen por supuesto algo en común, su desviación, que les hace sentir que comparten un destino, que están en el mismo barco. De ese sentimiento de destino compartido y de tener que enfrentar los mismos problemas surge una subcultura desviada: un conjunto de nociones y puntos de vista acerca de lo que es el mundo y de cómo lidiar con él, y un conjunto de rutinas basadas en esas nociones. La inclusión en tales grupos solidifica la identidad desviada.

Pasar a formar parte de un grupo desviado organizado tiene diversas consecuencias en la carrera del desviado. En primer lugar, los grupos desviados tienden a racionalizar su posición más que los individuos desviados aisladamente. Llevados al extremo, elaboran una complicada justificación histórica, legal y psicológica para su accionar. La comunidad homosexual nos brinda en este sentido un buen ejemplo. Las revistas y los libros de homosexuales y

para homosexuales incluyen artículos sobre homosexuales famosos de la historia, artículos sobre la biología y fisiología del sexo pensados para demostrar que la homosexualidad es una conducta sexual "normal" y artículos legales que abogan por las libertades civiles de los homosexuales.⁹ Tomado en conjunto, todo ese material constituye una filosofía funcional para el homosexual activo que le explica por qué es como es, le cuenta que ha habido otros como él y le dice por qué está bien que él sea así.

La mayoría de los grupos desviados cuentan con alguna lógica (o "ideología") de autojustificación, aunque muy pocas son tan elaboradas como la de los homosexuales. Si bien, como señalamos anteriormente, esa lógica opera para neutralizar los sentimientos que los desviados puedan sentir contra sí mismos, también cumple otra función: le brinda al individuo los argumentos para continuar la línea de acción que ha tomado. La persona que ha logrado acallar sus dudas adhiriendo a esa lógica pasa a un tipo de desviación más consistente y normativo, algo que no hubiese sido posible de no haberla aceptado.

Lo segundo que ocurre cuando la persona ingresa en un grupo desviado es que aprende a llevar a cabo sus actividades desviadas con un mínimo de obstáculos. Todos los problemas que enfrenta para evadir la aplicación de la ley que está infringiendo ya han sido sorteados por otros antes que él, y las soluciones ya existen. Así, el novel ladrón conoce ladrones más experimentados que le explican cómo deshacerse de la mercancía robada sin correr el riesgo de ser atrapado. Todo grupo desviado cuenta con un enorme acervo de tradiciones sobre esos temas, y el nuevo recluta lo incorpora rápidamente.

De esa manera, al ingresar en un grupo desviado organizado o institucionalizado, es más probable que el individuo continúe por el camino de su desviación. Por un lado, ha aprendido cómo evitarse problemas, y por el otro, ha incorporado una lógica que le permite continuar sin reprochárselo.

9 Las revistas de este tipo que he consultado son *One* y *The Mattachine Review*.

Existe un hecho más que vale la pena mencionar. Las diferentes lógicas de los grupos desviados suelen incluir un repudio generalizado contra las normas morales convencionales, las instituciones y el mundo de las convenciones en general. Examinaremos en detalle una subcultura desviada más adelante, cuando analicemos el caso de los músicos de baile.

gente con problemas crónicos de alcoholismo, o yonquis [adictos a los opiáceos], o fumadores muy habituales, debo decir que el consumo suele ir acompañado de algún desajuste de personalidad.

Existen entonces ciertas nociones de tinte moral, acerca de la naturaleza del consumo de drogas y de los consumidores, que influyen en el consumidor de marihuana. Si es incapaz de descalificar esas nociones o de ignorarlas, directamente no consumirá. Su nivel de consumo, por lo tanto, está ligado a la relevancia que tienen para él estas ideas hasta que las reemplaza por las racionalizaciones y justificaciones propias de los consumidores más avezados.

En resumen, el individuo se sentirá libre de consumir marihuana en la medida en que pueda atribuir esas ideas convencionales a la desinformación de gente extraña, y pueda reemplazar esos conceptos por el punto de vista "de los de adentro" que ha ido adquiriendo gracias a su experiencia con la droga en compañía de otros consumidores.

5. La cultura de un grupo desviado de la norma: el músico de baile

Aunque las conductas desviadas suelen estar prohibidas por la ley —clasificadas como "crímenes" cuando los involucrados son adultos y como "delincuencia" cuando se trata de jóvenes—, esto no siempre es así. Un ejemplo es el caso de los músicos de baile, cuya cultura investigaremos en este y el próximo capítulo. Si bien las actividades que desarrollan se encuadran formalmente dentro del marco de la ley, su peculiar cultura y su extraño estilo de vida alcanzan para que los miembros más convencionales de la comunidad los etiqueten como *outsiders*.

Muchos grupos desviados, entre ellos los músicos de baile, son estables y duraderos. Como todos los grupos estables, desarrollan un estilo de vida que les es característico. Para comprender la conducta de un individuo que integra uno de estos grupos es necesario entender ese estilo de vida.

Robert Redfield expresó la visión antropológica de la cultura de esta manera:

Cuando hablamos de "cultura" nos referimos a los acuerdos convencionales que caracterizan a las sociedades y que se manifiestan en actos y artefactos. Los "acuerdos" son los significados atribuidos a esas acciones y objetos. Los significados son convencionales y, por lo tanto, culturales, en tanto se han convertido en típicos de esa sociedad como consecuencia de la interacción entre sus miembros. Una cultura, entonces, es una abstracción: es la tipología que tienden a conformar los significados que tiene una misma acción o un mismo objeto para los diferentes miembros de una sociedad. Los significados se ex-

presan a través de las acciones y sus efectos, a partir de los cuales inferimos esos significados. Así que también podríamos definir "cultura" como el grado en que los comportamientos convencionales de los miembros de una sociedad son iguales para todos. (Redfield, 1941, p. 132)

Hughes ha señalado que la visión antropológica de la cultura parece ajustarse más a las sociedades homogéneas, esas sociedades primitivas que son el campo de trabajo de los antropólogos. Pero el término, en tanto organización de los acuerdos comunes sostenidos por un grupo, es igualmente aplicable a los grupos más pequeños que dan forma a la compleja sociedad moderna. Grupos étnicos, religiosos, regionales u ocupacionales: es posible demostrar que cada uno de ellos posee un esquema de acuerdos comunes y, por lo tanto, una cultura:

Donde sea que un grupo de personas tenga un poco de vida en común con un mínimo nivel de aislamiento de otra gente, un nicho social común, problemas comunes y quizás un par de enemigos en común, la cultura florece. Puede tratarse de la cultura de fantasía de esos desdichados que han caído en la adicción al consumo de heroína y comparten el placer prohibido, la tragedia y la batalla contra el mundo de las convenciones. Puede tratarse de la cultura de una pareja de hermanitos que para enfrentar la fuerza y la arbitrariedad de los padres que comparten, desarrollan un lenguaje y un conjunto de hábitos propios que persisten aun cuando sean tan grandes y poderosos como sus padres. Puede tratarse de la cultura de un grupo de estudiantes que ambicionan convertirse en médicos y deben enfrentar los mismos cadáveres, los mismos exámenes, los mismos decanos, profesores y desconcertantes pacientes. (Hughes, 1961, pp. 28-29)

Muchos han señalado que la cultura surge esencialmente como respuesta a un problema que debe enfrentar en común un grupo

de personas, en la medida en que son capaces de interactuar y comunicarse con éxito entre sí (véanse Cohen, 1955; Cloward y Ohlin, 1960; Becker, Geer, Hughes y Strauss, 1961). Quienes participan de actividades consideradas como desviadas comparan el problema de que su opinión sobre ellas no se ajusta a la del resto de la sociedad. Los homosexuales sienten que su estilo de vida es correcto, pero otros no piensan lo mismo. El ladrón siente que está bien robar, pero nadie más opina lo mismo. Cuando estas personas tienen la oportunidad de interactuar con otros como ellos, suelen desarrollar una cultura propia en torno a los problemas que surgen de la diferencia entre el modo en que ellos mismos definen lo que hacen y el modo en que lo definen otros miembros de la sociedad. Elaboran opiniones sobre sí mismos, sobre sus acciones desviadas y sobre sus relaciones con el resto de la sociedad. (Algunas de esas acciones, por supuesto, se llevan a cabo en soledad, y quienes las realizan no tienen la oportunidad de desarrollar una cultura en torno a ellas. Ejemplos de esto son la piromanía compulsiva y la cleptomanía [Cressey, 1962].) Como estas culturas operan dentro de la cultura de la gran sociedad y se distinguen de ella, suelen ser llamadas subculturas.

El músico de baile, a cuya cultura o subcultura está dedicado este capítulo, puede ser definido simplemente como alguien que toca música popular por dinero. Es proveedor de un servicio y la cultura en la que participa comparte los problemas comunes a los trabajadores que prestan servicios. Éstos, por lo general, se distinguen por el contacto más o menos directo y personal que tienen con el consumidor final del producto de su trabajo, el cliente a quien prestan servicio. En consecuencia, el cliente está en posición de dirigir al trabajador mientras realiza su tarea y aplicarle sanciones de diverso tipo, que van desde presionarlo informalmente hasta retirarle su patrocinio y conferirle a cualquiera de los muchos que prestan el mismo servicio.

La contraprestación de servicios pone en contacto a una persona cuya ocupación es una actividad de tiempo completo que involucra profundamente una parte de su propio ser, con una persona cuya relación con esa actividad es mucho más circuns-

tancial. Quizás sea inevitable que tengan visiones diametralmente opuestas del modo en que debe prestarse el servicio. Es característico que quienes tienen por ocupación la prestación de un servicio consideren que el cliente no está capacitado para juzgar el verdadero valor del trabajo que realizan y se ofendan ante cualquier intento de ejercer control sobre su desempeño. El conflicto y la hostilidad consecuentes son métodos de defensa contra la injerencia de extraños que preocupa al grupo de pertenencia, donde florece entonces una subcultura alrededor de este problema.

Los músicos sienten que la única música que vale la pena tocar es lo que ellos llaman "jazz", un término que podría definirse, al menos parcialmente, como aquella música que se produce con total independencia de la demanda externa. Sin embargo, sus empleadores y el público interfieren permanentemente para que no puedan hacerlo. Como veremos más adelante, el problema más angustiante en la carrera del músico promedio es la obligación de elegir entre el éxito convencional y los estándares artísticos que él posee. Para alcanzar el éxito, siente que es necesario "volverse comercial", vale decir, hacer una música acorde a los deseos de quienes no son músicos y son sus patrones. Al hacerlo, sacrifica el respeto de los otros músicos y, en la mayoría de los casos, el respeto a sí mismo. Si sigue fiel a sus estándares, por lo general queda condenado al fracaso para el conjunto de la sociedad. Los músicos se clasifican entre ellos según su grado de claudicación a las demandas externas, en un espectro que va desde el músico de "jazz" extremista hasta el músico "comercial".

A continuación, me ocuparé de los siguientes puntos: (1) de la idea que los músicos tienen de sí mismos y de los no músicos para quienes trabajan, y de los conflictos que sienten como inherentes a esa contraprestación; (2) del consenso básico subyacente al modo en que tanto los músicos comerciales como los de jazz reaccionan frente a esos conflictos, y (3) de la sensación de aislamiento del resto de la sociedad que tienen los músicos y del modo en que se segregan a sí mismos del público y la comunidad. Los problemas que surgen de la diferencia entre el modo en que el músico define su trabajo y el modo en que lo definen sus empleadores

puede servir como un modelo de los problemas que deben enfrentar los desviados en sus intercambios con los de afuera, que tienen una opinión diferente de sus conductas desviadas. (Para otros estudios sobre el músico de jazz, véanse Lastrucci, 1941; Cameron, 1954; Merriam y Mack, 1960.)

LA INVESTIGACIÓN

El material para este estudio se recogió por observación participativa, compartiendo con los músicos una variedad de situaciones de su vida laboral y personal. Cuando realicé esta investigación, hacía varios años que trabajaba como pianista profesional y que participaba activamente del ambiente de la música en Chicago. Fue en 1948 y 1949, una época en la que muchos músicos aprovechaban los beneficios de la Ley G.I.,¹⁶ así que el hecho de ser estudiante universitario no me hacía muy diferente de otros que en ese entonces estaban en el negocio de la música. Durante esos años, trabajé con muchas orquestas diferentes y del más diverso tipo, y tomaba nota detallada de todo lo que sucedía a mi alrededor cuando estaba con otros músicos. La mayoría no sabía que yo realizaba entonces una investigación sobre los músicos. Rara vez las entrevistas fueron formales, más bien me dedicaba a escuchar y registrar las charlas habituales que se dan entre músicos. La mayoría de mis observaciones fueron realizadas en el trabajo mismo, incluso sobre el escenario, mientras tocábamos. Con frecuencia se producían también conversaciones útiles a mis propósitos en las habituales "ferias de empleo" de la oficina local del sindicato, donde se reunían los músicos los lunes y sábados por la tarde en busca de trabajo, así como los líderes de las bandas en busca de músicos para contratar.

16 Ley que compensaba a los veteranos de la Segunda Guerra con beneficios sociales, créditos estudiantiles y un año de seguro de desempleo. [N. del T.]

El mundo del músico de baile está muy diferenciado. Algunos trabajan mayormente en bares y tabernas, ya sea en la periferia o en el centro de la ciudad. Otros integran bandas más grandes que tocan en salones de baile o clubes nocturnos. Otros no trabajan de manera estable en un lugar, sino en orquestas que tocan en fiestas y bailes privados de hoteles y clubes campestres. Hay otros que tocan en bandas de "renombre" a nivel nacional o trabajan en estudios de radio y televisión. Las personas que trabajan en un entorno en particular tienen problemas y actitudes que son en parte propias de ese entorno. Yo tocaba sobre todo en bares, tabernas y en algunas bandas de trabajo ocasional. Pero tuve suficiente contacto con miembros de otros grupos, cuando nos encontramos para tocar en algún baile o en la sede del sindicato, y tengo suficiente evidencia de primera mano sobre sus actividades y forma de vida.

Desde que completé la investigación, he trabajado como músico en otras dos locaciones, la pequeña ciudad universitaria de Champaign-Urbana, en Illinois, y en una gran ciudad, Kansas City, Missouri, que de todas formas no es tan grande como Chicago. La organización del negocio de la música varía en función del tamaño de las ciudades. En Chicago, un músico tiene muchas más posibilidades de especializarse. Puede ser músico de salones de baile o trabajar en bares y clubes nocturnos, como lo hacía yo. En las ciudades más pequeñas no hay demasiado trabajo de ningún tipo, y por lo tanto es menor la proporción de músicos en relación con el resto de la población. Así que un músico puede ser convocado para tocar en cualquiera de los entornos que antes mencioné, ya sea porque no tiene muchas opciones para elegir o porque el encargado de reunir los músicos no tiene otros disponibles. Aunque durante estas dos experiencias ulteriores no tomé notas de mis observaciones, nada contradijo las conclusiones a las que había llegado en base al material reunido en Chicago.

LOS MÚSICOS Y LOS "CUADRADOS"¹⁷

Todo el sistema de creencias acerca de los músicos y su público queda resumido en una sola palabra, que usan los músicos para referirse a los de afuera: "cuadrados". Este término es usado como sustantivo y como adjetivo, y califica tanto a una persona como a ciertos objetos y comportamientos. El término se aplica a la persona que es todo lo opuesto a lo que un músico es o debería ser, y califica una forma de pensar, de sentir y de comportarse (y su expresión en objetos concretos) que se opone diametralmente a todo aquello que un músico valora.

El músico se concibe como un artista poseedor de un misterioso don que lo ubica al margen del resto de las personas. Por poseer ese don, no debería estar sujeto al control de quienes no lo tienen. Un don es algo que no se adquiere por educación; el marginal, el de afuera, nunca podrá por lo tanto formar parte del grupo. Un trombonista me dijo: "No se le puede enseñar a alguien a llevar el ritmo. O tiene ritmo, o no tiene. Y si no tiene, no hay quién le enseñe".

El músico siente que bajo ninguna circunstancia los de afuera deberían permitirse decirle la música que debe o no debe tocar, o cómo tocarla. De hecho, la regla más fuerte del código entre colegas es la prohibición de criticarse o de interferir o presionar de manera alguna a otro músico en el momento en que está "haciendo su trabajo". Si ni siquiera un colega tiene permitido interferir, sería impensable que se le permitiera hacerlo a un extraño.

Esta actitud toma la forma de un sentimiento general de que los músicos son diferentes y mejores que otras clases de personas y que, por lo tanto, no deben estar sujetos al control de los margi-

17 *Square* en el original. Término del argot norteamericano para referirse a alguien convencional y pacato, y por extensión, argot de los consumidores de drogas para referirse a la persona que no consume. Como cada país hispanohablante tiene una jerga propia, he optado por la traducción literal del término, que da cuenta al menos en parte de su significado original. [N. del T.]

nales —o sea, los que están al margen— en ningún aspecto de la vida, y menos aún en lo que se refiere a su actividad artística. La sensación de ser un tipo de persona diferente del resto que lleva otra clase de vida está muy arraigada, como lo indican los siguientes comentarios:

Yo te digo, los músicos son diferentes de los demás. Hablan diferente, actúan diferente, tienen aspecto diferente. No son como los demás, es así... Es muy difícil salirse del negocio de la música, porque uno se siente muy diferente del resto del mundo.

Los músicos llevan una vida exótica, como si vivieran en la selva o algo así. Cuando empiezan son jóvenes comunes de ciudades pequeñas, pero no bien se meten en esta vida, se transforman. Es como la selva, con la diferencia de que en la selva no hay autobuses atestados de gente. Si uno vive así durante un buen tiempo, se convierte en una persona completamente diferente. Ser músico fue genial, nunca me voy a arrepentir. Entiendo cosas que un cuadrado jamás entendería.

La versión extrema de este punto de vista es la creencia de que sólo los músicos son lo suficientemente sensibles y no convencionales como para satisfacer de verdad a una mujer.

Como perciben esas diferencias con tanta fuerza, los músicos también creen que no tienen obligación alguna de imitar el comportamiento habitual de los "cuadrados". De la idea de que nadie puede decirle a un músico cómo tocar se deriva lógicamente que a un músico nadie puede decirle cómo hacer nada. Por lo tanto, todo comportamiento que escape a las convenciones sociales es bienvenido y aplaudido. Los relatos revelan la admiración que despiertan esas manifestaciones de individualidad y espontaneidad, de "me importa un cuerno". Muchos de los más notables hombres del jazz son famosos "personajes", y sus hazañas son muy comentadas. Se dice, por ejemplo, que un conocido hombre del jazz saltó una vez sobre un caballo de la policía apostado frente al club nocturno donde tocaba y escapó en él. A los músicos les

gusta comúnmente contar anécdotas de cosas poco convencionales que han hecho en el pasado:

Tocamos en el baile y cuando terminamos empezamos a guardar todo en ese viejo autobús para volvernos a Detroit. Apenas salimos de la ciudad el motor se paró y no anduvo más. Tenía gasolina, pero no quería arrancar. Todos se bajaron y no sabían qué hacer. De pronto alguien dijo: "¡Prendámoslo fuego!". Así que alguien sacó un poco de combustible del tanque, lo rociamos alrededor del vehículo, y le arrojamos un fósforo. Se prendió de inmediato, ¡qué experiencia! El auto en llamas y todos alrededor mirando y aplaudiendo a los gritos. Eso sí que fue algo.

No se trata sólo de idiosincrasia, sino de un valor ocupacional de primer nivel, como lo sugiere la siguiente observación hecha por un joven músico: "¿Sabés?, los grandes héroes del negocio de la música eran verdaderos personajes. Cuanto más loco se comporta, más grande es y más les gusta a todos".

Como no quieren verse obligados a vivir según las convenciones, no intentan imponer esas convenciones a los demás. Un músico comentó, por ejemplo, que la discriminación étnica estaba mal, pues cada uno tiene derecho a actuar y creer lo que se le da la gana:

La discriminación es una mierda. La gente es gente, sean latinos, judíos, irlandeses, polacos o lo que sean. A los únicos que les importa de qué religión son es a los cuadrados. Para mí no significa una mierda. Cada cual tiene derecho a creer lo que le parezca, eso es lo que yo pienso. Yo, por supuesto, nunca voy a la iglesia, pero no me parece mal que los demás lo hagan. Si les gusta, para mí está bien.

El mismo músico calificó de equivocado el comportamiento sexual de uno de sus amigos, pero defendió el derecho individual a decidir lo que es bueno o malo para él: "Eddie tiene sexo con cualquiera. Va a terminar muerto o lo va a matar una de esas mi-

nas. Y también tiene una esposa muy linda. No debería hacerle eso. Pero bueno, qué se le va a hacer, es lo que le gusta. Si quiere vivir así, si así es feliz, es lo que tiene que hacer". Los músicos son capaces de tolerar el comportamiento extravagante de un colega sin hacer el menor intento de castigarlo o reprimirlo. En el incidente que se relata a continuación, el comportamiento descontrolado de un baterista hace que la orquesta entera pierda un trabajo. Sin embargo, enojados como estaban, le prestaron dinero y se abstuvieron de castigarlo en forma alguna. Castigarlo hubiese sido una infracción a las costumbres.

Lo que pasó es que nosotros llegamos, pero su batería no. Entonces el propietario del lugar recorrió toda la ciudad buscándole otra batería para que pudiera tocar, y en el camino chocó el guardabarros del auto. Yo ahí me di cuenta de que la cosa iba de mal en peor. ¡Y Jack! El jefe es un viejo italiano, con él no se jode, maneja una casa de apuestas, con él no jode nadie. Así que va y le dice a Jack: "¿Qué vas a hacer sin batería?", y Jack le contesta: "Tranquilo, papito, ya va a pasar". Yo pensé que el viejo iba a estallar. ¡Qué manera de hablarle al jefe! El viejo se dio vuelta con fuego en los ojos. Me di cuenta de que después de eso no íbamos a durar. Me dice: "¿Ese baterista está siempre ahí?". Yo le dije: "No sé, es la primera vez que lo veo en mi vida". Y le terminamos contando que había seis meses que tocábamos juntos. Eso también ayudó. Por supuesto que cuando Jack empezó a tocar fue el acabose. ¡Tocaba tan fuerte! Y no pegaba el ritmo. Para lo único que usaba el bombo era para los acentos. ¿Qué clase de baterista hace eso? Por lo demás, el grupo no era nada malo... nos podríamos haber quedado para siempre... Pero bueno, después de tocar un par de canciones, el dueño nos dijo que ya era suficiente.

[¿Qué sucedió después de que los despidieron?]

El jefe nos dio veinte por cabeza y nos mandó de vuelta a casa. Así que ir y volver nos costó diecisiete dólares de transporte, y nos quedaron tres dólares por el trabajo.

Claro que vimos muchos árboles. Ni siquiera fueron tres dólares, porque recuerdo que le prestamos siete u ocho dólares a Jack.

El músico, entonces, se ve a sí mismo y a sus colegas como gente con un don especial que la hace diferente de quienes no son músicos y la libera de su control, tanto respecto de la interpretación de su música como del comportamiento social medio.

Los cuadrados, por el contrario, carecen de ese don especial y de toda comprensión de la música y el estilo de vida de quienes sí lo poseen. El cuadrado es considerado un ignorante, una persona intolerante de la que hay que cuidarse, pues es quien ejerce presión para que el músico no desarrolle su arte. El problema de los músicos es que los cuadrados están en posición de salirse con la suya: si no les gusta el tipo de música interpretada, no vuelven a pagar para escucharla por segunda vez.

Como no tiene comprensión de la música, el cuadrado juzga la música según estándares ajenos a los músicos y que éstos no respetan. Un saxofonista comercial observó con ironía:

Lo que importa no es lo que tocás, sino cómo lo tocás.

Es tan fácil que cualquiera que haga música desde hace más de un mes puede lograrlo. Jack toca un estribillo al piano o algo así, después se une el saxo, todo al unísono. Muy sencillo. A la gente no le importa. Mientras puedan escuchar la batería están contentos. Saben que cuando escuchan el bombo deben poner el pie derecho adelante y el pie izquierdo atrás, y así. Así que mientras escuchan una melodía que puedan tararear, están contentos. ¿Qué más pueden pedir?

La siguiente conversación ilustra la misma actitud:

JOE: Bajás del escenario y viene alguien por el pasillo que te dice: "¡Jovencito, me gustó mucho su orquesta". Y eso es porque tocaste suave y el arreglo tenía dos violines o algo así, cosas que a los cuadrados les gustan...

DICK: Cuando yo trabajaba en el Club M. era así. Mis antiguos compañeros de escuela solían venir a vernos... Es una de las peores bandas en las que he trabajado, y a todos les encantaba.

JOE: ¿Y qué se puede esperar? ¡Si son todos una manga de cuadrados!

Lo "cuadrado" impregna todos los aspectos del comportamiento de las personas convencionales, así como su contrario, la "onda", es evidente en todo lo que el músico hace. Para los músicos, el cuadrado hace todo mal, es ridículo y risible. Los músicos se entretienen mucho sentándose a mirar a los cuadrados. Todos tienen alguna anécdota para contar sobre los cuadrados y sus payasadas. Un entrevistado incluso llegó a afirmar que los músicos deberían cambiar de lugar con las personas del bar de la taberna donde tocaba, y aseguró que probablemente éstas eran más graciosas y entretenidas que él. Cada prenda que visten, cada palabra de su vocabulario y cada gesto que difiere de los de los músicos son tomados como nueva evidencia de su intrínseca falta de sensibilidad e ignorancia. Como los músicos tienen una cultura esotérica, esas evidencias son múltiples y sirven para fortalecer su convicción de que ellos y los cuadrados son dos tipos de personas diferentes.

Pero el cuadrado también es temido, pues es considerado como el responsable último de las presiones comerciales. La ignorancia musical de los cuadrados obliga al músico que quiere tener éxito a tocar música que considera mala.

[¿Qué opina de la gente para la que toca, el público?]
Son un bajón.

[¿Por qué lo dice?]
Bueno, si uno está trabajando en una banda comercial, a la gente le gusta y uno tiene que seguir tocando música sensiblera. Si uno toca en una buena banda, a nadie le gusta. Eso es un bajón. Y si uno toca en una buena banda y a todos les gusta, también son un bajón, y uno igual los odia, porque sabe que igual no entienden nada. Son un verdadero bajón.

Esta última declaración revela que incluso aquellos que intentan evitar ser cuadrados son considerados como tales, porque siguen careciendo de la comprensión que sólo un músico posee: "no tienen ni idea de lo que se trata". El fanático del jazz no merece, por lo tanto, más respeto que cualquier otro cuadrado. Le gusta el jazz pero no lo comprende, y actúa como el resto de los cuadrados: pedirá ciertas canciones y tratará de influenciar al músico, al igual que el resto de los cuadrados.

El músico se ve a sí mismo entonces como un artista creativo que no debe estar sujeto al control externo, una persona diferente y mejor que los marginales a los que llama cuadrados, que no entienden ni su música ni su modo de vida, y por culpa de quienes, para colmo, debe tocar de una manera que contradice sus ideales profesionales.

REACCIONES FRENTE AL CONFLICTO

Los músicos de jazz y los músicos comerciales están esencialmente de acuerdo en la opinión que tienen del público, aunque la forma en que expresan o ponen en palabras ese consenso básico varía mucho. Son dos los temas conflictivos en los que se basa ese consenso: (1) el deseo de expresarse libremente y de acuerdo a las creencias del grupo de cada músico, y (2) la aceptación de que existen presiones externas que pueden forzar al músico a claudicar en sus deseos. El músico de jazz tiende a poner el énfasis en el primero de estos argumentos, y el músico comercial en el segundo, pero los dos reconocen y sienten la fuerza de la influencia de ambos. Un rasgo común a sus actitudes es un profundo desprecio y rechazo por el público cuadrado, culpable de que el músico deba "volverse comercial" para tener éxito.

El músico comercial, aunque piensa que su público es cuadrado, elige sacrificar su respeto por sí mismo y el respeto de sus colegas músicos (las recompensas de mantener una conducta artística) a cambio de beneficios más tangibles, como un trabajo es-

table, mayores ingresos y el prestigio del que gozan los artistas comerciales.

Un músico comercial comentó:

Los que vienen acá son agradables. Por supuesto que son cuadrados, no lo voy a negar. Claro que son unos cuadrados de mierda, ¿pero quién va a pagar las cuentas si no? Ellos pagan las cuentas, por eso uno toca lo que ellos quieren. Ya sé, es una mierda, pero no hay otra manera de ganarse la vida que haciendo música para los cuadrados. ¿Creés que son muchos los que no lo son? Entre cien personas, con suerte hay quince que no sean cuadradas. Quizá los profesionales, los médicos y abogados o cosas así, quizás ellos no sean cuadrados, pero la persona promedio es cuadrada. Claro que la gente del espectáculo no. Pero fuera de la gente del espectáculo y los profesionales, son todos una manga de malditos cuadrados.¹⁸ No saben nada de nada.

Te digo, esto es algo que aprendí hace unos tres años. Para ganar un poco de dinero hay que complacer a los cuadrados. Son los que te pagan las cuentas, y para ellos hay que tocar. Los buenos músicos no consiguen trabajo. Para trabajar hay que tocar cualquier basura. ¡Qué carajo!, hay que aceptarlo. A mí me gusta vivir bien, me gusta ganar dinero. Quiero tener auto. ¿Cuánto tiempo se puede luchar contra eso?

No me malinterpretes. Si alguien puede ganar dinero tocando jazz, mucho mejor. ¿Pero cuántos son? El que pueda, que lo haga, como dije. Pero si uno tiene un trabajo de mierda, no tiene sentido luchar, hay que trabajar comercialmente. Quiero decir, los cuadrados son los que te pagan el sueldo, así que mejor acostumbrarse, porque es a los que hay que complacer.

18 La mayoría de los músicos no aceptarían estas excepciones.

Advertimos que el entrevistado admite que es más "respetable" ser independiente de los cuadrados, y manifiesta desprecio por su público, responsable por su ignorancia de toda la situación.

Esta gente plantea el problema fundamentalmente en términos económicos: "Al fin y al cabo, mierda, si uno está tocando para un montón de cuadrados, uno está tocando para un montón de cuadrados. ¿Qué se le va a hacer? No se les puede embuchar la música por la garganta. O sea, supongo que uno podría obligarlos a tragársela, pero bueno, al final y al cabo ellos *te están pagando*".

El músico de jazz siente la misma necesidad de satisfacer a su público, aunque sostiene que no hay que rendirse al impulso. Los músicos de jazz, como los otros, aprecian los empleos buenos y estables, y saben que para obtenerlos deben satisfacer al público, como lo revela la siguiente conversación entre dos jóvenes músicos de jazz:

CHARLIE: No existen trabajos donde uno pueda tocar jazz. Todos quieren rumbas y canciones populares, y cosas así. No hay un solo lugar donde hacer que suene el jazz. Y no quiero pasarme la vida luchando.

EDDIE: Bueno, pero querés pasarla bien, ¿o no? Tocar música comercial te haría infeliz. Lo sabés.

CHARLIE: Supongo que un gato no tiene manera de ser feliz. Ya sé que es un bajón la música comercial, pero es todavía peor tocar jazz y no poder hacer nada más.

EDDIE: Pero por Dios, ¿por qué no podés ser exitoso haciendo jazz?... Quiero decir, se puede tener una linda banda y tocar arreglos de canciones, pero buenos arreglos, ¿no?

CHARLIE: Nunca vas a conseguir trabajo con una banda así.

EDDIE: Bueno, se puede poner a una puita a cantar en el frente del escenario para que les muestre el culo a los osos [los cuadrados]. Así sí que conseguirías trabajo. Y cuando ella no estuviese cantando, podrías tocar buena música.

CHARLIE: Bueno, ¿la banda Q. no era así? ¿La pasabas bien? ¿Te gustaba oírla cantar?

EDDIE: No, para nada, pero tocábamos jazz.

CHARLIE: ¿Pero te gustaba el tipo de jazz que hacían? Era medio comercial, ¿o no?

EDDIE: Sí, pero podría haber estado genial.

CHARLIE: Sí, podría... Si hubiese estado genial no habrías seguido trabajando. Supongo que uno siempre está descontento. Las cosas son así. Nunca existirá un trabajo realmente genial para un músico.

Además de la presión de tener que complacer al público que semana del deseo del músico de aumentar sus ingresos, existen presiones de tipo más inmediato. Muchas veces es difícil mantener una postura independiente, como en el siguiente ejemplo:

Anoche tuve que tocar con Johnny Ponzi en una boda italiana en el lado sudoeste. Habíamos tocado como media hora, con los arreglos musicales que hacen ellos, que son bastante poco comerciales, y entonces viene un italiano viejo (el suegro del novio, según supimos después) y nos empieza a increpar: "A ver si tocan algunas polcas, un poco de buena música italiana. Es horrible lo que hacen, es de lo peor". En las bodas Johnny siempre trata de posponer lo inevitable, demorando la música folk todo lo que puede. Yo le dije: "¿Por qué no tocamos un poco de esa basura ahora y nos la sacamos de encima?". Tom dije: "Me temo que si empezamos con eso ahora vamos a terminar tocando basura toda la noche". Johnny dijo: "Mira, Howard, el novio es buena gente. Nos dijo que tocáramos lo que quisiéramos y que no le hiciéramos caso a nadie, así que no te preocupes..."

El viejo nos seguía increpando y al poco tiempo vino el novio y nos dijo: "Escuchen, muchachos, yo sé que no les gusta tocar esa mierda, pero es mi suegro, ¿saben? Lo que pasa es que no quiero poner incómoda a mi mujer a causa de él, así que toquen un poco de música italiana

para dejarlo tranquilo, ¿puede ser?". Johnny nos miró en redondo con un gesto de resignación.

Nos dijo: "Bueno, vamos, toquemos la polca del barrilito de cerveza". Tom dijo: "A la mierda, arrancamos con todo". Así que tocamos ésa y después tocamos una tarantela italiana.

A veces el empleador ejerce tal presión que hasta un músico de jazz incorruptible tiene que ceder, al menos mientras dura el trabajo:

Tenía que tocar sólo una noche en el Y., en la calle R. ¡Qué bajón! Después de la primera pausa empecé a tocar "Sunny Side", toqué la melodía de los estribillos, y después hice un poco de jazz. De pronto, el jefe se asoma por detrás de la barra y me grita: "¡Si alguno de los que está acá conoce esa canción yo te beso el culo!". Todos lo escucharon. ¡Qué pedazo de cuadrado! ¿Yo qué iba a hacer? Nada, no hice nada y seguí tocando. Un verdadero bajón.

Con cierta inconsistencia, el músico también quiere sentir que logra llegar a su público y que éste disfruta de su trabajo, lo que lo lleva a ceder a sus demandas. Un músico dijo:

Me gusta más tocar cuando toco para alguien. De alguna manera uno siente que no tiene mucho sentido tocar si no hay nadie que escuche. Quiero decir, después de todo, la música es para eso, para que la gente la disfrute. Por eso a mí no me molesta tanto tocar música melosa. Si a alguien le gusta, yo puedo tocarla. Supongo que es una pavada, pero a mí me gusta hacer feliz a la gente de esa manera.

La afirmación es un poco extrema, pero para muchos músicos la sensación es tan fuerte que buscan evitar la desaprobación del público: "Por eso me gusta trabajar con Tommy. Por lo menos

cuando bajás del escenario los que te escucharon no te odian. Es un bajón trabajar en esas condiciones, cuando todo el público presente odia a la banda que está tocando”.

AISLAMIENTO Y AUTOSEGREGACIÓN

Los músicos sienten hostilidad hacia su público, y temen tener que sacrificar sus estándares artísticos para complacer a los cuadradas. Exhiben ciertos patrones de comportamiento y de creencias que pueden ser considerados como adaptaciones a esta situación. Esos patrones de aislamiento y autosegregación encuentran su expresión en el momento de tocar propiamente dicho y en el resto de los intercambios sociales que mantiene el músico con la comunidad en su conjunto. La función primordial que cumple este comportamiento es la de proteger al músico de la interferencia de su audiencia de cuadradas y, por extensión, de la sociedad convencional en general. Su principal consecuencia es la profundización del estatus marginal del músico, a través de la puesta en marcha de un ciclo de desviación creciente. Los problemas que tiene con los cuadradas lo conducen a un mayor aislamiento, lo que a su vez aumenta las posibilidades de que tenga problemas con ellos en el futuro.

Como regla general, el músico está espacialmente aislado del público. Trabaja sobre un escenario o plataforma que funciona como barrera física para impedir la interacción directa. Ese aislamiento es bienvenido, pues al estar compuesto por cuadradas, el público es potencialmente peligroso. Los músicos sienten que el contacto directo con él sólo sirve para interferir con la actuación musical. Por lo tanto, es más seguro aislarse y no tener ningún contacto. En una oportunidad en que esa barrera física no estaba presente, un músico comentó:

Ése es otro de los problemas de las bodas, que uno está ahí en la pista, en el medio de la gente. No hay modo de escaparse. En los bailes o los bares es diferente. En los sa-

lones de baile uno está arriba de un escenario, donde no pueden alcanzarte. En los salones de cóctel lo mismo, uno está detrás de la barra. Pero en las bodas es terrible, uno está ahí, en medio de todos.

Cuando el lugar no cuenta con ellas, los músicos suelen improvisar barreras físicas propias para segregarse efectivamente del público.

Un domingo a la noche me salió un trabajo para tocar en una boda judía... Cuando llegué, el resto de la banda ya estaba ahí. La ceremonia se había celebrado bastante tarde, así que la gente recién estaba empezando a comer. Después de discutirlo con el novio, decidimos tocar durante la cena. Nos ubicamos en un rincón, en el extremo del salón. Jerry empujó el piano y lo atravesó para bloquear un pequeño espacio cerrado que nos separaba del resto de la gente. Tony puso su batería dentro de ese espacio, y Jerry y Johnny se pararon ahí para tocar. Yo quise mover un poco el piano para que los muchachos pudieran pararse adelante y estar más cerca del público, pero medio en broma medio en serio Jerry me dijo: “No, amigo. Necesito protegerme un poco de los cuadrados”. Así que dejamos las cosas como estaban...

Jerry dio la vuelta para ponerse frente al piano, pero una vez más, con humor, puso dos sillas entre él y el público. Cuando una pareja se llevó las sillas para sentarse, Jerry las reemplazó por otras dos. Johnny dijo: “¿Por qué no nos sentamos nosotros en esas sillas?”. Y Jerry le contestó: “No, amigo. Dejalas como están. Es mi barricada contra los cuadrados”.

Muchos músicos rehúyen casi por reflejo el contacto con los integrantes del público. Cuando caminan entre ellos, suelen evitar mirar a los cuadradas a los ojos por miedo a que se establezca un vínculo a partir del cual el cuadrado sienta que puede pedirle determinadas canciones o pretenda interferir de alguna manera en

la interpretación musical. Algunos incluso extienden esta conducta a su vida social ordinaria, fuera del ámbito profesional. En cierta medida esto es inevitable, ya que las condiciones de trabajo - amplia movilidad geográfica, trabajo hasta altas horas de la noche, y demás - dificultan la participación social fuera del ambiente profesional. Si uno trabaja mientras los otros duermen, es difícil interactuar socialmente con ellos con normalidad. Fue algo que comentó un músico que abandonó la profesión, en parte por esa razón: "Y es genial trabajar en horarios normales, así uno puede ver a la gente por la noche, en vez de tener que irse a trabajar". Algunos músicos jóvenes afirman que el trabajo nocturno les impide entablar relaciones con chicas "buenas", pues en los horarios de citas convencionales están ocupados.

Pero gran parte de la autosegregación se desarrolla a partir de la hostilidad hacia los cuadrados. Esta actitud llega al extremo entre los "X. Avenue Boys", un grupo de músicos de jazz radicalizados que rechazan la cultura americana en su conjunto. Sus sentimientos hacia el mundo exterior quedan expresados en el muy personal título que un hombre puso a su canción: "Si no te gustan mis gustos extraños, por mí puedes irte a la mierda". La constitución étnica del grupo era un indicio todavía mayor de que la adopción de actitudes sociales y artísticas extremas era parte de su rechazo a la sociedad convencional norteamericana en su conjunto. En su gran mayoría, se trataba de hombres que provenían de colectividades nacionales más antiguas y asimiladas: irlandeses, escandinavos, alemanes e ingleses. Es más, se decía que algunos de ellos pertenecían a familias adineradas de los altos estratos de la sociedad. En resumidas cuentas, el rechazo a la música comercial y a los cuadrados en la vida social formaba parte del rechazo a la totalidad de la cultura americana, por parte de personas que gozaban de una situación privilegiada a la que no habían logrado adaptarse satisfactoriamente.

Todos los intereses de ese grupo ponían el énfasis en el aislamiento de los estándares e intereses de la sociedad convencional. Se asociaban casi exclusivamente con otros músicos y con muchas que cantaban o bailaban en los clubes nocturnos de los alrededores de la calle North Clark de Chicago, y prácticamente no

mantenían contacto con el mundo convencional. Políticamente, se los describía así: "De cualquier forma, odian esta forma de gobierno y creen que es realmente mala". Eran críticos acérrimos tanto de los negocios como del trabajo, escépticos de las estructuras económicas y cínicos acerca de los procesos políticos y los partidos políticos contemporáneos. Abjuraban completamente de la religión y el matrimonio, pues formaban parte de la cultura seria y popular norteamericana, y sus lecturas se restringían exclusivamente a escritores de culto y filósofos de vanguardia. En cuanto al arte y la música sinfónica, sólo estaban interesados en sus manifestaciones más esotéricas y exclusivas. No se cansaban de repetir que no tenían los mismos intereses que la sociedad convencional y que, por lo tanto, se diferenciaban de ella. Es razonable asumir entonces que la función primaria de estos intereses era hacer de las diferencias algo inconfundible y evidente.

Aunque los "X. Avenue Boys" llevaron el aislamiento y la autosegregación al extremo, otros músicos menos desviados de la norma también lo han experimentado. La sensación de estar aislado del resto de la sociedad era por lo general muy fuerte. La siguiente conversación, que tuvo lugar entre dos jóvenes músicos de jazz, sirve para ilustrar dos reacciones diferentes frente a esa sensación de aislamiento.

EDDIE: ¡No sabes cómo odio a la gente! ¡No soporto a los cuadrados, no los puedo ni ver! Son un bajón, no los aguanto.

CHARLIE: No te pongas así. No dejes que te tiren abajo. Mejor reírse de ellos, yo hago eso. Me río de todo lo que hacen. Es la única manera de soportarlos.

Para un joven músico judío, definitivamente identificado con la comunidad judía, esa sensación de aislamiento profesional era tan fuerte que hizo la siguiente declaración:

Apenas un poco de conocimiento ya es muy peligroso. Eso es lo que me pasó a mí cuando empecé a tocar. De pronto sentía que sabía más que los demás, que todos los

amigos de mi vecindario eran cuadrados y estúpidos... Es gracioso. Cuando uno se sienta arriba del escenario, se siente tan diferente de los otros... Hasta puedo entender lo que los gentiles sienten por los judíos. Y está esa gente con aspecto de judía, o que tiene un poco de acento, que se te acerca para pedirte una rumba o alguna mierda por el estilo, y yo pienso: "qué cuadrados que son estos malditos judíos", como si yo mismo fuera *goi*. A eso me refiero cuando digo que un músico aprende demasiado. Uno ve las cosas con demasiada claridad y tiene una visión más amplia que el común de la gente.

En otra ocasión, el mismo hombre comentó:

Desde que no tengo trabajo pude volver a charlar con algunos de los tipos del vecindario.
[¿Quieres decir que antes tenías problemas para comunicarte con ellos?]

Bueno, me quedaba parado sin tener nada para decir. Es como un cachetazo de realidad charlar con esos tipos. Todo lo que dicen me parece estúpido y poco interesante.

El proceso de autosegregación queda en evidencia en ciertas manifestaciones simbólicas, particularmente en el uso de una jerga laboral que sirve para identificar rápidamente a quien sabe emplearla bien como alguien "del mismo palo" y a quien la emplea incorrectamente o la desconoce como "cuadrado". Algunas palabras han pasado a ser sinónimo de problemas y situaciones exclusivas de los músicos, y el término "cuadrado" es un buen ejemplo de esto. Esas palabras les permiten a los músicos discutir situaciones y problemas para los que el lenguaje corriente no tiene una terminología adecuada. Existen, sin embargo, muchas palabras que son meros sustitutos de expresiones más comunes y que no agregan ningún significado nuevo. Los siguientes son, por ejemplo, sinónimos de dinero: "botín," "oro," "guita" y "pan". A los trabajos los llaman "changas". La marihuana tiene infinidad de

equivalencias, y entre las más comunes encontramos "porro", "hierba", "faso", "paso" y "churro".

La función que cumple ese comportamiento es consignada por un joven músico que decidió abandonar la profesión:

Estoy contento de dejar el negocio. Estoy harto de andar rodeado de músicos. Hay tanto ritual y tanta basura ceremonial. Tienen que hablar con palabras especiales, vestirse diferente y usar otro tipo de anteojos. Y todo para decir "somos diferentes" y nada más.

6. La carrera en un grupo ocupacional desviado: el músico de baile

Ya hemos analizado la *carrera en la desviación* (vale decir, el desarrollo de un patrón de conducta desviada), particularmente al considerar la evolución del consumo de marihuana. Ahora me gustaría analizar la evolución de esas carreras entre los músicos de baile, un grupo de "marginales" que se consideran a sí mismos, y son considerados por los demás, como "diferentes". Pero en lugar de concentrarnos en la génesis de formas de comportamiento desviadas, nos preguntaremos acerca de las consecuencias que tiene en la carrera laboral de un individuo el hecho de que su grupo ocupacional sea un grupo desviado.

Al utilizar ese concepto para estudiar el destino del individuo dentro de las organizaciones ocupacionales, Hughes (1937) ha definido la carrera, "objetivamente, [como] una serie de jerarquías y cargos claramente definidos... las consecuencias típicas de la posición, los logros, las responsabilidades, e incluso las aventuras (...). Subjetivamente, una carrera es la perspectiva móvil desde la cual el individuo ve su propia vida como un todo e interpreta el significado de sus diversos atributos, acciones, y aquello que le sucede". El análisis de Hall de las etapas de la carrera médica pone mayor énfasis en la carrera entendida específicamente como la serie de ajustes a las "redes de instituciones, organizaciones formales y relaciones informales" en las que se practica esa profesión (Hall, 1948, p. 327).

Las características de cada carrera profesional responden a los problemas particulares de esa profesión. A su vez, varían en función de la posición que ocupa esa profesión respecto de otros grupos de la sociedad. El principal problema de los músicos, como hemos observado, gira en torno a la preservación de su libertad

artística. Los intentos de control provienen de marginales, personas ajenas a la actividad musical que, ante esta práctica, por lo general reaccionan y juzgan en base a estándares muy diferentes a los de los músicos. Ese antagonismo da forma a la cultura de los músicos y genera además las situaciones más problemáticas y críticas de sus carreras.

Los estudios de profesiones más convencionales, como la medicina, han revelado que el éxito profesional (como fuere que los integrantes del grupo en cuestión lo entiendan) depende de haberse un lugar dentro del grupo o grupos que controlan el sistema de recompensas para esa profesión, y que las actitudes y los gestos de los colegas juegan un papel decisivo en la carrera profesional de un individuo.¹⁹ Los músicos no son la excepción a esta regla; comenzaré analizando la definición de éxito profesional para los músicos y hasta qué punto éste depende de que logren integrarse a la organización del negocio de la música.

Sin embargo, la carrera del músico no se limita a eso. El problema de la libertad de los controles externos genera contingencias profesionales suplementarias y agrega otras complicaciones a la estructura de esa profesión. Me ocuparé de este tema a continuación.

Finalmente, la familia del músico (ya sea la de nacimiento o la que forma al casarse) tiene un efecto decisivo en su carrera.²⁰ Padres y esposas no son necesariamente músicos y, en tanto "marginales", suelen no comprender la naturaleza del vínculo entre el músico y su trabajo. Los malentendidos y desacuerdos que surgen en el seno del hogar muchas veces provocan cambios en el rumbo profesional de un individuo y, en algunos casos, son el punto final del recorrido.

19 Véanse Hughes, 1943, pp. 52-53, Dalton, 1951, para el análisis de la influencia de los grupos de colegas en las carreras dentro de las organizaciones industriales, y Hall, 1948, para un análisis similar de la influencia de los colegas en la profesión médica. El concepto de "fraternidad interna" de Hall refiere al grupo que tiene la mayor capacidad de ejercer su influencia.

20 Véanse los análisis de Becker, 1961, y Becker y Strauss, 1956.

LAS CAMARILLAS Y EL ÉXITO

El músico profesional concibe el éxito como un ascenso en la jerarquía de los empleos disponibles. A diferencia del trabajador industrial o administrativo, no identifica su carrera con un empleador, sino que espera cambiar de empleo con asiduidad. El *ranking* de empleos informalmente aceptado —que toma en cuenta la paga, las horas de trabajo y el grado de reconocimiento público que implica— es la balanza con la que el músico sopesa su éxito en función del tipo de trabajo que suele realizar.

En el último lugar de este *ranking* está el músico que toca ocasionalmente en bailes de poca importancia, fiestas de casamiento y situaciones así, y que a duras penas cobra la tarifa establecida por el sindicato. En el siguiente nivel están quienes tienen trabajo estable en "antros" —bares y clubes nocturnos de mala muerte, pequeños "cabarés", etc.—, donde la paga es pobre y el reconocimiento público aún peor. El siguiente escalón está ocupado por los que tienen trabajo estable en bandas de los salones de baile de la localidad y pequeños clubes nocturnos "respetables", así como en salones de cóctel en mejores zonas de la ciudad. Esos trabajos están mejor pagos y el músico que trabaje de eso será considerado exitoso en su comunidad. En el mismo nivel, aproximadamente, están los hombres que trabajan en las así llamadas "orquestas de clase B", la segunda línea de orquestas de baile conocidas a nivel nacional. El siguiente nivel está compuesto por quienes trabajan en orquestas "clase A" y en orquestas locales que tocan en los mejores clubes nocturnos, los grandes hoteles y convenciones, etc. El sueldo es bueno, las horas de trabajo son convenientes, y el músico puede esperar reconocimiento tanto dentro como fuera de la profesión. En los primeros lugares están los hombres que ocupan posiciones jerárquicas en estaciones de radio y televisión, y en teatros legítimos. Los salarios son altos, las horas de trabajo breves: estos empleos son considerados como el paradigma del éxito por el circuito musical local, y para los que están fuera del mundo de la música son cargos de gran respetabilidad.

Una red informal de camarillas interconectadas entre sí asigna los empleos disponibles en un momento dado. La posición que

alguien ocupa en esa red es de enorme importancia a la hora de asegurarse un empleo en cualquiera de esos escalones o de caminar de nivel. Las camarillas están ligadas por vínculos de mutua obligación, y los miembros se apoyan unos a otros para la obtención de ciertos trabajos, ya sea contratándose entre ellos cuando tienen el poder de hacerlo, ya sea recomendándose entre sí a quienes dan trabajo en las orquestas. La recomendación es de suma importancia, ya que es así como los encargados de contratar conocen a los músicos disponibles: el desconocido no será contratado, y la pertenencia a alguna camarilla es garantía de que el músico tiene amigos dispuestos a recomendarlo a las personas indicadas.

Gracias a su pertenencia a una camarilla, el individuo se asegura un empleo estable. Así lo explicó un hombre:

El trabajo es así. En mi mano derecha tengo cinco músicos. En mi mano izquierda otros cinco. Entonces uno de estos cinco consigue trabajo. Y elige a los que lo acompañarán de entre los cinco de esta misma mano. Naturalmente, cada vez que uno de éstos consigue trabajo, contrata a estos otros. Así es como funciona. Jamás contratan a alguien de otra camarilla. Si uno de ellos trabaja, trabajan todos.

Los músicos construyen y cimientan estos vínculos consiguiendo trabajo para otros y obligándolos así a devolver el favor:

Les conseguí buen trabajo en la banda a unos tipos, y desde entonces están ahí. Uno es trombonista, y le conseguí una buena orquesta. Y a uno de los trompetistas también... Funciona así. El director te pregunta si conocés a alguien, y si le gusta la persona que uno recomendó, siempre que necesite alguien te va a preguntar. Y así uno puede ir metiendo a todos sus amigos.

La cantidad y calidad de las relaciones que se establecen de esa manera proporcionan cierta seguridad. Para tener una carrera

uno debe trabajar; para disfrutar de la seguridad de un trabajo estable uno debe tener muchas "conexiones":

Hay que tener conexiones de ese tipo por todas partes, para que llegue el momento en que, cuando alguien necesite un músico, te llamen. Entonces uno nunca se queda sin trabajo.

Es necesario aclarar que la organización informal de la práctica médica funciona en parte de la misma manera. Los músicos cooperan recomendándose entre sí del mismo modo en que los miembros de la "fraternidad interna" de los médicos cooperan para proveerse mutuamente de pacientes (Hall, 1948, p. 332). Ambas estructuras institucionales difieren, sin embargo, en que la profesión médica (salvo en las grandes ciudades) tiende a girar en torno a unos pocos grandes hospitales que las camarillas pueden controlar. En la música, el número de focos laborales posibles es mucho mayor y las organizaciones informales proliferan. Por lo tanto, el individuo tiene mayor cantidad de oportunidades de establecer las conexiones necesarias, y el poder de las camarillas en este caso es menor.

Además de dar cierta seguridad laboral a sus miembros, las camarillas también proporcionan los medios para que el profesional ascienda en el escalafón laboral. Las diversas camarillas estudiadas no estaban compuestas por miembros del mismo nivel de jerarquía. De ese modo, los integrantes de posición inferior tenían oportunidad de relacionarse con hombres de un nivel superior. Cuando un trabajo mejor posicionado queda vacante, un hombre del nivel inferior puede ser patrocinado por otro de mayor jerarquía, que lo recomienda o contrata, y carga así con la responsabilidad de su desempeño. Un músico estable de una radio describió el proceso en estos términos:

Otro modo de tener éxito es tener muchos amigos. Hay que tocar bien, pero también hay que tener amigos en muchas bandas, y cuando alguien se va de la banda, presionan para que te llamen. Lleva mucho tiempo hacerse

una carrera de esa manera. Yo estuve diez años para conseguir el trabajo que tengo ahora.

Si el desempeño de la persona recomendada es exitoso, podrá establecer más relaciones informales en su nuevo nivel laboral, y así conseguir más trabajos de esa jerarquía. Para consolidarse en su nuevo nivel profesional es imprescindible un desempeño exitoso, y para los mentores, la calidad del desempeño de sus protegidos es una fuente de gran preocupación. El múltiple patrocinio que se describe en el siguiente caso salido de mis anotaciones es un ejemplo de esa preocupación y de su origen en las obligaciones entre colegas:

Un amigo me preguntó si estaba trabajando de noche. Cuando le dije que no, me mandó con otro tipo, que a su vez me mandó con un viejo con acento italiano. El viejo me dijo: "Toca el piano, ¿eh?". Yo dije: "Sí". Me dijo: "¿Toca bien?". Yo dije: "Sí". Me dijo: "Toca bien, bien, ¿no?". Yo dije: "Nada mal. ¿Cómo es el trato?". El dijo: "Un club nocturno, acá, en Loop. De nueve a cuatro y media, dos con cincuenta la hora. ¿Seguro que puede?". Yo dije: "¡Claro!". Me tocó el hombro y me dijo: "OK. Le tengo que hacer estas preguntas, ¿me entiende? Yo no sé cómo toca, tengo que preguntar, ¿me entiende?". Yo dije: "Seguro". Me dijo: "Tengo que estar seguro, es un lugar en el centro. Bueno, listo. Acá está el número. Diga que llama de parte de Mantuno, de parte mía. Mantuno. ¿Entiende?, tengo que estar seguro de que toca bien, si no me quemó yo. Llámelo ahora, y no se olvide de que lo manda Mantuno".

Me dio el número. Llámé y me dieron el trabajo. Cuando salí de la cabina telefónica, mi amigo, el que originalmente me habló del trabajo, me dijo: "¿Todo bien? ¿Te lo dieron?". Yo le dije: "Sí, te agradezco mucho". Me dijo: "No hay problema. Espero que trabajes bien. Quiero decir, es algo comercial, así qué tocó música comercial. Más te vale. Es mi culo el que está en juego. No

solamente el mío, es el culo de Tony y el del otro tipo. Son como cuatro culos, ¿entendés?".

En resumidas cuentas, para conseguir los mejores trabajos no sólo es necesario tener capacidad profesional, sino establecer relaciones informales de mutua obligación con personas que puedan recomendarlos para esos trabajos. Sin la capacidad mínima necesaria uno no puede desempeñarse en un nuevo nivel profesional, pero esa capacidad resultará en un trabajo acorde sólo si la persona ha establecido las conexiones adecuadas. Para los mentores, como lo indica la cita precedente, el sistema es una manera de acercar los hombres disponibles a aquellos que tienen puestos que cubrir, y proveerlos de reclutas en cuyo desempeño se puede confiar.

Es posible pensar una carrera exitosa como una serie de escalones de ese tipo, donde cada nuevo escalón es consecuencia del patrocinio, un desempeño exitoso y el establecimiento de relaciones provechosas. *

He advertido similitudes entre la carrera profesional del músico y las carreras en la medicina o la industria, como demuestra el hecho de que el desempeño exitoso y la movilidad profesional están en función de las relaciones del individuo con una red de organizaciones informales compuestas por sus colegas. Analizaré ahora la variante de esta forma social típica que nace del fuerte énfasis puesto por los músicos en la preservación de su libertad para tocar sin interferencia de quienes no son músicos, considerados carentes de los conocimientos y la sensibilidad necesarios para apreciar los misteriosos dones artísticos de los que sí lo son. Como es difícil, si no imposible, alcanzar la libertad deseada, la mayoría de los hombres debe sacrificar los estándares de la profesión para satisfacer las demandas del público y de aquellos que controlan las oportunidades de trabajo. Eso genera una dimensión diferente del prestigio profesional, según la medida en que cada uno se niegue a modificar su actuación en respuesta a las exigencias externas, un abanico que va desde el extremo de "tocar lo que a uno le sale" hasta el de "tocar lo que la gente quiere oír". El hombre de jazz toca lo que le sale, mientras que el punto

30 OUTSIDERS

de vista del músico comercial queda bien resumido en la afirmación atribuida a un exitosísimo músico del negocio: "Haría lo que fuera por un dólar".

Como señalábamos antes, los músicos sienten que existe un conflicto inherente a esta situación, y que uno no puede complacer al público y a la vez conservar su integridad artística. El siguiente extracto de una entrevista a un músico estable de la radio ilustra el tipo de tensiones que genera este conflicto en los trabajos más valorizados:

El tema fundamental en el estudio de radio es no equivocarse al tocar. No les importa si tocás bien o mal en tanto toques todas las notas sin equivocarte. Por supuesto que a uno le importa si no suena bien, pero a ellos no... Cuando sale por el micrófono, no les importa si tocás bien o mal, lo único que les importa es el aspecto comercial. O sea, uno puede sentir que tiene algún tipo de orgullo personal por lo que hace, pero a ellos no les importa. Lo que hay que hacer es eso: darles lo que uno sabe que les gusta, y listo.

El trabajo más prestigiado es, por lo tanto, aquel en el cual el músico debe sacrificar su independencia artística y el prestigio profesional concomitante. Un exitoso músico comercial rendía pleitesía a la independencia artística y a la vez recalca sus efectos negativos para el progreso profesional de esta manera:

Ya sé, seguro que te gusta hacer jazz. Te entiendo, claro. A mí solía interesarme el jazz, pero me di cuenta de que no rendía, que a la gente no le gustaba el jazz. A la gente le gustan las rumbas. Al fin de cuentas esto es un negocio, ¿o no? O uno tiene que ganarse la vida, o no, es así. Y si uno quiere ganarse la vida no puede tirarle con jazz a la gente todo el tiempo, porque no lo soportan. Así que hay que tocar lo que les gusta; son ellos los que pagan las cuentas. No me malinterpretes. Si alguien puede ganarse la vida tocando jazz, me parece perfecto. Pero

me gustaría saber quién puede. Para llegar a alguna parte, hay que hacer música comercial.

Los músicos de jazz, por su parte, se quejan del estatus inferior de los trabajos disponibles para ellos, no sólo en lo económico sino en todo lo que no sea el prestigio artístico.

De esa manera, las camarillas a las que uno debe acceder si quiere tener éxito y seguridad laborales están compuestas por hombres decididamente interesados en el aspecto comercial de la profesión. Las mayores recompensas son controladas por quienes han sacrificado algunos de los estándares más básicos de la profesión, y uno debe hacer un sacrificio similar si quiere tener alguna oportunidad de ascender a los puestos más deseados:

Si uno hace música comercial, uno entra en las camarillas, consigue los mejores trabajos y hasta le puede ir muy bien. Yo he tocado en los mejores lugares de la ciudad, el Club Q, y lugares como ése, y es así, hay que hacer eso. Tocar esa música y llevarse bien con esos tipos. Entonces no tenés de qué preocuparte. Uno sabe que cuenta con ese dinero todas las semanas, eso es lo que importa.

Las camarillas de músicos de jazz no les ofrecen a sus miembros más que el prestigio de conservar su integridad artística; las camarillas comerciales ofrecen seguridad laboral, posibilidades de ascenso, buenos ingresos y prestigio social generalizado.

Éste es un conflicto central en la carrera de cada músico, y su evolución está supeditada al modo en que lo resuelva. Aunque no he recolectado datos sobre el tema, parece razonable asumir que, cuando deciden dedicarse a la música, los individuos sienten gran respeto por el jazz y la libertad artística. En determinado momento de su desarrollo profesional (que varía de un individuo a otro), el conflicto se presenta y el músico advierte que es imposible lograr el tipo de éxito que desea y mantener su independencia musical. Cuando la incompatibilidad de estos objetivos se hace evidente, la persona debe tomar algún tipo de decisión, aunque

más no sea por inacción, que determinará el futuro curso de su carrera.

Una respuesta al dilema es evitarlo, abandonando la profesión. Incapaz de encontrar una solución satisfactoria al problema, el individuo interrumpe su carrera. La lógica que subyace a esa decisión queda explicada por las siguientes afirmaciones de alguien que actuó en este sentido:

Es preferible aceptar un trabajo que uno sabe que le va a ser un plomo, un trabajo que uno espera que sea deprimente, que uno en el negocio de la música, donde podría ser genial, pero no lo es. Por lo menos uno sabe que esperar, sabe que va a ser un plomo. Pero la música podría ser tan genial que, cuando no lo es, es una depresión enorme. Así que es mejor dedicarse a otra cosa que no te deprima tanto.

Ya hemos visto la diversidad de respuestas a este dilema por parte de quienes deciden permanecer en el negocio. El hombre de jazz ignora las exigencias del público en aras de sus estándares artísticos, mientras que el músico comercial hace lo contrario, y ambos sienten la presión que ejercen ambas fuerzas. Me ocuparé aquí de analizar las relaciones que tienen esas respuestas con el destino de la carrera de los artistas.

El hombre que decide ignorar las presiones comerciales encuentra cerrado el camino al ascenso laboral, a trabajos de mayor prestigio y mejor pagos, así como el acceso a las camarillas que podrían proporcionarle esa seguridad y la oportunidad de crecimiento profesional. Son pocos los que están dispuestos o pueden tomar una postura tan extrema; la mayoría, en mayor o menor medida, hace concesiones. El patrón de movimiento que implican esas concesiones es un fenómeno muy común en la profesión, es bien conocido entre los músicos y suele ser considerado como inevitable:

Vi a K. E. Le dije: "Conseguime algún trabajito ocasional, ¿sí?" Me contestó imitando a uno de los "peces gor-

dos".²¹ "Hijo, cuando seas sensato y hagas música comercial, podré ayudarte, pero por ahora, no". Y con su voz normal continuó: "¿Por qué no te sumás? Dios, supongo que estoy haciéndole propaganda al comercialismo. Parece que me metí de lleno, ¿no?"

En este punto crucial de su carrera, el individuo debe cambiar radicalmente la idea que tiene de sí mismo; debe aprender a pensarse a sí mismo de otra manera, a considerarse un tipo de persona diferente de la que era:

El negocio comercial me tiene agarrado, supongo. Incluso cuando me sale un trabajo donde se supone que hay que tocar jazz, donde uno podría dejarse llevar y tocar lo que le sale, incluso en esas situaciones sigo pensando comercialmente, en lo que la gente que está ahí quiere escuchar. Antes iba a trabajar con la idea de tocar lo que mejor sé, de la mejor manera posible. Ahora voy a trabajar y automáticamente pienso: "¿La gente querrá escuchar esto? ¿Tendrán ganas de escuchar al estilo Kenton o al estilo Dizzie Gillespie [orquestas de jazz], o tipo Guy Lombardo [orquesta comercial], o qué?". No puedo evitar preguntármelo. Se me metió adentro, supongo que doblegaron mi espíritu.

En el siguiente testimonio encontramos un cambio mucho más drástico en la idea de sí mismo en relación con este dilema profesional:

Te digo, me di cuenta de que lo único que se puede hacer es volverse comercial, tocar lo que la gente quiere escuchar. Para el que quiera darles lo que buscan siempre hay un buen lugar. Melodía, eso quieren. Ni improvisa-

21 "Peces gordos" era el término utilizado comúnmente por los más jóvenes para referirse a los integrantes de las camarillas que controlaban los trabajos más codiciados.

ciones, ni mucha técnica: melodía, lisa y llana. Te digo, ¿por qué no tocar eso? Al fin y al cabo, no nos engañemos. La mayoría de nosotros no somos realmente músicos, somos sólo instrumentistas. Quiero decir, yo me pienso a mí mismo como una especie de trabajador común y corriente. No tiene sentido engañarse. La mayoría son instrumentistas y nada más, no son músicos en absoluto. Tendrían que dejar de engañarse a sí mismos.

Tomar la decisión y sufrir esa transformación en la idea que tiene de sí mismo abre las puertas al ascenso hacia los niveles superiores del escalafón laboral y genera las condiciones que hacen posible un éxito completo, siempre y cuando uno siga estableciendo y manteniendo las conexiones adecuadas.

Una manera de adaptarse a la necesidad de trabajar sin sacrificar el amor propio es adoptar la postura del artesano. Al músico que así lo hace ya no le preocupa el *típo* de música que toca, sino que sólo le interesa hacerlo *correctamente*, y tener las habilidades necesarias para hacer el trabajo como se debe. Su orgullo y su amor propio están puestos en ser capaz de tocar todo tipo de música y en interpretarla siempre adecuadamente.

Las habilidades necesarias para sostener esta postura varían de acuerdo a los entornos en los que el músico hace su trabajo. El que trabaja en bares con bandas reducidas se sentirá orgulloso de saber cientos (o incluso miles) de canciones, y de ser capaz de transportarlas a cualquier nota. Quien trabaja en una *big band* se jactará de su afinación y virtuosismo técnico. El que trabaja en un club nocturno o en un estudio de radio se vanagloriará de su habilidad para leer todo tipo de música a primera vista con rapidez y precisión. Como tiende a darle al empleador lo que éste quiere, e incluso con mayor calidad, esta postura suele conducir al éxito profesional.

El enfoque artesanal es más fácil de sostener en los grandes centros musicales del país, como Chicago, Nueva York y Los Ángeles. En estas ciudades, el volumen de trabajo disponible es suficiente para permitir la especialización, y un hombre puede dedicarse pura y exclusivamente a perfeccionar un conjunto determinado

de habilidades. En estos centros urbanos, uno encuentra músicos de extraordinario virtuosismo. En las ciudades más pequeñas, por el contrario, no hay trabajo suficiente de ningún tipo como para que un hombre se especialice en él, y los músicos son contratados para hacer un poco de todo. Aunque las destrezas necesarias coinciden —la afinación, por ejemplo, siempre es importante— todo hombre encuentra áreas en las que es apenas competente. Un trompetista puede tocar excelente jazz y hacer pequeños trabajos tocando jazz, pero ser muy malo para leer música y todavía peor a la hora de tocar con una *big band*. Es difícil conservar el orgullo de artesano cuando uno debe enfrentarse continuamente con trabajos para los que tiene habilidades mínimas.

Resumiendo, el hincapié que hacen los músicos en liberarse de las interferencias externas en su trabajo abre una nueva dimensión, la del prestigio profesional, que entra en conflicto con el prestigio laboral antes analizado, de modo tal que una misma persona no puede ocupar una posición elevada en ambos a la vez. Las mayores y mejores recompensas están en manos de aquellos que han sacrificado su independencia artística, y que exigen el mismo sacrificio a las personas que reclutan para los mejores puestos. Esto plantea un dilema personal a cada músico, y su respuesta a ese dilema es determinante para el futuro curso de su carrera. Rehusarse a hacer esas concesiones implica despedirse de toda esperanza de obtener empleos prestigiosos y bien pagos, mientras que rendirse a las presiones comerciales les abre el camino del éxito. (Los estudios de otras ocupaciones podrían prestar atención a esas contingencias profesionales, que a su vez dependen de un problema laboral básico: los clientes.)

PADRES Y ESPOSAS

He notado que los músicos hacen extensivo su deseo de expresarse libremente en su trabajo sin interferencias externas a un sentimiento generalizado de que no deberían estar sujetos a las normas convencionales de la sociedad. El *ethos* de la profesión

promueve la admiración por las muestras de individualidad y espontaneidad, y el desprecio por las reglas de la sociedad en general. Es de esperar que quien profesa un *ethos* semejante tenga conflictos con el resto de la sociedad cuando entra en contacto con ella. Uno de esos momentos de contacto se produce cuando trabaja frente al público, fuente inagotable de problemas. Los efectos de este tipo de problemas en la carrera de un músico ya han sido analizados anteriormente.

Otro punto conflictivo de contacto entre profesión y sociedad es la familia. La pertenencia a una familia vincula al músico con personas que son "cuadradas", marginales que se atienen a las convenciones sociales cuya autoridad el músico no reconoce. Esas relaciones siembran la semilla de un conflicto que puede estallar y tener consecuencias desastrosas, tanto para su carrera como para su núcleo familiar. En esta sección analizaremos la naturaleza de esos conflictos y sus efectos en la carrera profesional.

La familia ejerce una enorme influencia en la elección laboral del individuo, pues puede auspiciar y ayudar al neófito en su elección profesional. En su análisis de las primeras etapas de la carrera de un médico, Hall señala:

En la mayoría de los casos, la familia y los amigos jugaron un papel significativo, previendo la trayectoria profesional futura y alentando los esfuerzos del novato. Expresan ese aliento dándole su apoyo y su ayuda para establecer las rutinas más convenientes, facilitándole la privacidad necesaria, desalentando los comportamientos anómalos y definiendo las recompensas del día a día. (Hall, 1948, p. 328)²²

Por lo general, los padres del músico no suelen apoyar el desarrollo profesional de su hijo de la misma manera. Muy por el contrario, como un hombre señaló: "¡Mi Dios!, la mayoría de los músicos tienen terribles problemas con sus padres cuando deciden

dedicarse a la música". Las razones son claras: sin importar la clase social de la que provenga, la familia del potencial músico sabe que está ingresando en una profesión que alentará la ruptura de los patrones de comportamiento convencionales dentro del entorno familiar. Las familias de clase baja parecen preocuparse más por la inestabilidad laboral propia de la profesión musical, aunque existen evidencias de que algunas apoyaron esas carreras como un camino posible de ascenso social. Para la clase media, la elección de la carrera de músico de baile es una inclinación bohemía, que implica la posible pérdida de prestigio tanto para el individuo como para la familia, y genera una resistencia virulenta. La persona sufre enormes presiones para que desista de su elección:

Cuando decidí que quería ser músico, fue bastante terrible para todos... Recuerdo que me gradué de la escuela secundaria un jueves, y el lunes ya salí de la ciudad para hacer un trabajo. Mis padres me decían de todo, todo el tiempo, y mis parientes también. Me la hicieron pasar muy mal... Un tío mío vino a hablarme, todo serio, a decirme que no era una vida normal, y que cómo iba a hacer para casarme, y lo demás.

El conflicto tiene dos efectos típicos en la carrera de un músico. En primer lugar, el futuro músico puede abandonar la idea a causa de las presiones familiares, lo que constituye una adaptación muy común en las etapas iniciales de la carrera. Por otro lado, el joven músico puede ignorar los deseos de su familia y continuar con su carrera, en cuyo caso queda privado del apoyo familiar tempranamente y debe empezar a "arreglárselas solo", abriéndose camino sin el sostén emocional y financiero que de otro modo tendría. La carrera del músico por lo general comienza, si es que lo hace, sin la ayuda familiar y el apoyo típico que reciben quienes se dedican a otras profesiones.

Una vez que se ha casado y formado una familia, el músico se encuentra en una relación que lo enfrenta de forma inmediata e insoslayable con las convenciones de la sociedad. Su esposa, que

²² Véanse también Becker, 1961, y Carper y Becker, 1957.

generalmente no es música, espera que su marido, como tal, sea su compañero y proveedor. En algunas profesiones no hay conflicto entre las exigencias de la profesión y las demandas familiares. En otras, esas fuerzas entran en conflicto, pero existen soluciones validadas socialmente y aceptadas por ambos cónyuges, como por ejemplo en el caso de la medicina. En las profesiones desviadas, como el negocio de la música, las expectativas profesionales no concuerdan en absoluto con las expectativas de los legos, lo que acarrea al músico enormes dificultades.

Los músicos sienten que los imperativos de su trabajo tienen preeminencia sobre los de sus familias, y actúan en consecuencia:

Mi mujer es una chica genial, pero no hay manera de que podamos estar juntos, por lo menos mientras yo esté en el negocio de la música. No hay manera, no hay caso. Cuando éramos recién casados era genial. Yo trabajaba en la ciudad, hacía buen dinero, y todos contentos. Pero cuando ese trabajo se cayó, no tenía nada. Entonces me ofrecieron salir de gira. Sally me dijo: "No, te quiero acá, conmigo". ¡Prefería que terminara trabajando en una fábrica! Una mierda. Así que me fui con la banda. Este negocio me gusta demasiado, y no voy a dejarlo ni por ella ni por ninguna mujer.

El matrimonio puede convertirse en una lucha continua sobre este punto. El resultado de esa lucha determinará la continuidad o no de la carrera musical del esposo, como queda de manifiesto en el siguiente testimonio recogido en mi trabajo de campo:

Los muchachos del Z. Club están tratando de que Jay Marlowe vuelva a trabajar con ellos tiempo completo, porque ahora se reparte la semana con otro. Tiene un trabajo diurno en la misma empresa donde trabaja su mujer, haciendo algún trabajo administrativo menor. Los muchachos están tratando de convencerlo para que renuncie. Parece que la mujer se opone abiertamente. Hasta donde yo sé, Jay ha sido músico toda su vida. Ésta

es probablemente la primera vez que tiene un trabajo diurno. Gene, el baterista del Z. Club, me dijo: "Es una estupidez que trabaje de día. ¿Cuánto le pagan ahí? Es probable que no llegue a treinta o treinta y cinco por semana. Es lo mismo que puede hacer acá en apenas tres noches. Pero claro, la que quiere que se salga del negocio es la mujer. No le gusta que él ande por ahí hasta cualquier hora, rodeado de las chicas que frecuentan los bares, y todo eso. Pero después de todo, cuando un hombre puede hacer lo que quiere y ganar buen dinero, ¿por qué debería conformarse con un trabajo aburrido para, encima, ganar una miseria? Tendría que estar tocando. Ese trabajo diurno que tiene es un bajón para él, ¿así que por qué debería conservarlo?". Johnny, el saxofonista, dijo: "¿Sabés por qué? Porque su mujer le dice que lo conserve". Gene dijo: "No debería dejarse mandonear así por la mujer. Por Dios, mi esposa no me dice lo que tengo que hacer. Él no debería aceptar que le tiren mierda". Y los muchachos del Z. Club ya empezaron a presionarlo. Lo invitaron varias veces a ir con ellos al hipódromo entre semana y Jay se estuvo escapando del trabajo para poder ir. Después de una de esas salidas, Gene dijo: "¡La esposa está loca! No quiere que haraganeé y que pierda ese empleo, y sabe lo que nosotros pretendemos. Piensa que somos una mala influencia. Bueno, supongo que es verdad, desde su punto de vista".

[Un par de semanas después, Marlowe renunció a su empleo diurno y regresó a la música.]

Para otros hombres, que sienten el peso de las responsabilidades familiares con más fuerza, la situación no es tan sencilla. La inseguridad económica del negocio de la música les hace difícil convertirse en buenos proveedores, y puede forzarlos a abandonar su carrera, una de las respuestas típicas a este tipo de situaciones:

No, hace tiempo que no trabajo. Supongo que tendré que conseguirme un trabajo diurno de mierda. Cuando

uno se casa, las cosas cambian. Antes era diferente. Trabajaba o no trabajaba, pero era lo mismo. Si necesitaba dinero, le pedía prestado cinco dólares a mi madre. Pero ahora las cuentas hay que pagarlas. Cuando uno se casa tiene que trabajar todo el tiempo, si no, no alcanza.

Aun cuando la carrera no se corte, las exigencias matrimoniales ejercen fuertes presiones para que el músico se vuelva comercial:

Para seguir trabajando, hay que aceptar tocar basura más de una vez... A mí no me molesta. Estoy casado, y necesito seguir trabajando. Si algún cuadrado viene y me pide que toque la polca del "Barrilito de cerveza", sonrío y la toco.

El matrimonio puede de ese modo impulsar la consecución del éxito, forzando una decisión que permite, aunque no garantiza, que el músico tenga la oportunidad de acceder a las camarillas de orientación comercial, que son las únicas capaces de asegurar a sus integrantes un trabajo estable.

La familia, en tanto institución que exige al individuo comportarse de acuerdo a las convenciones, genera problemas de intereses enfrentados, de lealtades y de ideas de sí mismo que entran en conflicto. Y la respuesta que cada sujeto dé a esos problemas tendrá un efecto decisivo en la duración y el rumbo de su carrera.

7. Las reglas y su aplicación

Hemos considerado algunas características generales de los desviados y de los procesos por los cuales son etiquetados como marginales y llegan a verse a sí mismos como tales. Hemos analizado las culturas y patrones de carrera típicos de dos grupos de marginales: los consumidores de marihuana y los músicos de baile. Es ahora momento de estudiar la otra mitad de la ecuación: la gente que hace y aplica las normas a las que los marginales no se ajustan.

La pregunta es simple: ¿cuándo se hacen y aplican las normas? Como señalé anteriormente, la existencia de una regla no garantiza de por sí que será aplicada. La aplicación de la norma no se explica invocando la idea de algún grupo abstracto y siempre alerta: no podemos afirmar que la "sociedad" se vea dañada por cada infracción y que reaccione para restablecer el equilibrio. Podemos postular, en un extremo, la existencia de un grupo que actúe de esa manera, donde todas las normas y reglas sean aplicadas automáticamente. Pero imaginar un caso así sólo sirve para dejar en evidencia el hecho de que los grupos sociales no suelen comportarse de esa manera. Lo habitual es que las reglas sean aplicadas sólo cuando algo desencadena su aplicación. La aplicación de la norma, su ejecución, debe ser explicada.

Y esa explicación descansa en varias premisas. Primero, la aplicación de una norma requiere iniciativa. Alguien, el que tome la iniciativa, deberá castigar al culpable. Segundo, la norma se aplica cuando quienes tienen la intención de aplicarla hacen pública la infracción ante los demás: una infracción no puede ser ignorada una vez que se ha hecho pública. Dicho de otra manera, la aplicación de la norma se produce cuando alguien da la voz de alarma.